BOLSILIBROS

Selección

TERROR

QUERIDA KATTY

SILVER KANE

—Fíjate —susurró uno de los policías—. Cualquiera diría que esos ojos tienen hasta expresión. Parece como si ella viviera…

—Sí —susurró el otro policía con un leve estremecimiento de miedo inconfesable—. Más vale que mires hacia otro sitio.

Ese fue el primer estremecimiento que se produjo en aquel siniestro caso. Y ése fue solamente el principio.

Silver Kane

Querida Katty

Bolsilibros: Selección terror - 9

ePub r1.0
Etriol 01.12.14

Silver Kane, 1973
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Etriol
Escaneo: xico_weno
ePub base r1.2

SELECCION
TERROR

CAPITULO PRIMERO

Los brazos impulsaban los remos y las palas de éstos se hundían en el agua sin producir más que un leve susurro.

A veces golpeaban con un poco más de fuerza la superficie del lago y entonces se oía un brusco «*Chap, chap*», que casi sobresaltaba.

Por lo demás, el silencio era absoluto.

Ni el más leve rumor turbaba la quietud del amanecer. Sólo muy de tarde en tarde, desde la lejanía, llegaba el chillido de algún pato salvaje.

La voz señaló entonces:

—Allí.

En efecto, de las quietas aguas del lago surgía la m no. Sólo al mirarla se tenía ya una sensación angustiosa que contraía la garganta.

Era una mano que parecía pedir socorro desde el más allá.

Únicamente sus dedos crispados sobresalían de la limpia superficie de las aguas.

El lago tenía así un aire macabro, tenía algo que hacía sentir frío en la columbra vertebral.

La barca se acercó pausadamente. Hizo una maniobra para que los remos no tocaran los crispados dedos.

El sargento Riley, murmuró:

—Es lo más estremecedor que he visto. ¿Cómo una muerta puede sacar la mano de ese modo, igual que si estuviera pidiendo socorro?

—El lago tiene aquí muy poca profundidad —sugirió el agente Morton.

—¿Y qué?

—Pues que el cadáver puede estar enganchado en el lodo del fondo y haber quedado vertical. Así no es tan extraño que llegue a sacar la mano.

—De todos modos nunca había visto nada igual —dijo Riley—. A ver. Con cuidado. Sujetad el bichero.

El largo palo con un garfio al extremo, que se empleaba para sujetar las ropas de los cadáveres y tirar así de ellos, apareció en la proa de la barca. Daven, el agente especializado en aquellas macabras tareas, lo manejó hábilmente.

—Ya está…

—Tira.

Surgió la cabeza.

Era la cabeza de una muchacha muy bonita, o que al menos lo había sido. Los policías tenían en eso una especie de macabra especialización. Veían una calavera y, por sus proporciones más o menos armoniosas, decían: «Ha debido pertenecer a una hermosa muchacha». Era algo parecido a lo de los forenses cuando sacan un hígado de un cadáver y exclaman: «¡Qué magnífica pieza!».

Pues bien, la muchacha que acababan de extraer del lago debió haber sido bonita. Pero su rostro ya había sido devorado de tal modo por los peces que resultaba irreconocible. Tampoco existían sus manos ni parte de sus nalgas.

A cualquiera, aquel espectáculo le hubiese llenado de un frío horror.

Pero los policías del lago ya estaban acostumbrados, porque casi todos los cadáveres aparecían así. Ellos sólo se fijaron en la juventud y en las proporciones, armoniosas de la víctima. El sargento Riley, pensó: «En efecto, debió ser una muchacha muy bonita».

Las voces dominaron el chapoteo de los remos. Rompieron el silencio espectral de la mañana.

—Arriba.

—Cuidado. Situadla en este lado de la barca.

—¿Qué opina usted, sargento? ¿Cree que se ha ahogado o que se trata de un crimen?

—Si no se trata de un crimen —dijo sombríamente Riley—, ¿dónde está la barca desde la cual cayó?

Y señaló hacia la lejana orilla perdida entre las brumas. La

embarcación de los policías fue girando lentamente, movida por los remos. Nunca empleaban el motor fuera borda en aquellos casos porque las hélices, a veces, habían destrozado los cadáveres.

—Volvamos.

Poco a poco dejaron atrás la zona del macabro hallazgo. Unos rayos de sol alumbraron el lago de lleno, proyectándose sobre los ojos milagrosamente intactos de la muchacha.

—Fíjate —susurró uno de los policías—. Cualquiera diría que esos ojos tienen hasta expresión. Parece como si ella viviera…

—Sí —susurró el otro policía con un leve estremecimiento de miedo inconfesable—. Más vale que mires hacia otro sitio.

Ese fue el primer estremecimiento que se produjo en aquel siniestro caso. Y ése fue solamente el principio.

CAPITULO II

La casa estaba situada en lo alto de la colina llamada *Snob Hill*, donde vive parte de la gente rica de San Francisco. Los espesos jardines y la fina lluvia hicieron que el taxista tuviera que encender las luces de situación porque apenas se veía. El asfalto estaba resbaladizo y dos veces estuvieron a punto de patinar al tomar las curvas demasiado cerradas.

Como San Francisco es una ciudad donde los habitantes tienen una gran cantidad de zonas verdes a su disposición en contraste con muchas ciudades europeas, no es extraño que a veces uno tenga la sensación de haberse alejado mucho del centro urbano y encontrarse en una comarca casi desierta, cuando en realidad está apenas a cinco millas de la céntrica Market Street.

El taxista susurró:

—Mal tiempo, ¿eh? Y no tiene pinta de ir a arreglarse nada.

La muchacha que iba en el asiento trasero no contestó.

Era una mujer extraña.

No había pronunciado una palabra en todo el trayecto. Incluso para dar la dirección al taxista se limitó a mostrarle una tarjeta.

El conductor puso mal el retrovisor. Es decir, lo puso bien. Vamos a entendernos. Tal como lo dejó, no veía nada de la desierta carretera que quedaba atrás, pero en cambio poseía una resplandeciente panorámica de las piernas cruzadas de la chica.

Esta parecía muy preocupada.

No se daba cuenta de la observación a que era sometida. Su mirada estaba perdida en el vacío.

El taxista fue analizando:

Buenas piernas…

Y las medias como me gustan a mí…

Y unos parachoques delanteros que ya los quisiera yo para mi taxi…

Y si sus ojos fueran unos faros la policía los multaba por producir deslumbramiento…

En fin, que no me importaría tener un choque con ella…

El tío estaba tan metido en su oficio que hasta las cosas de mujeres las pensaba con relación a él. Lo cual no le impidió tomar mal otra curva y estar a punto de estrellarse contra el lado opuesto de la calzada.

—Perdón, señorita —dijo—, el terreno está mal…

El que estaba mal era él.

Pero la muchacha no contestó hasta que llegaron a la casa. Entonces dijo sencillamente:

—Creo que es aquí. He traído una fotografía…

Y se la mostró al taxista.

Este la miró superficialmente. En efecto, era allí porque también concordaba la dirección. Y, sin embargo, balbució:

—No es posible…

—¿Por qué no es posible? —susurró la muchacha.

—En esta casa no vive nadie…

—Ahora voy a vivir yo.

—¿Sola?

—¿Y por qué no?

El taxista miró el panorama. Una casa ya vieja, una casa hecha con ladrillo rojizo y que había sido alzada a principios de siglo, seguramente poco después del demoledor terremoto de 1906. Tenía dos pisos y dos altos torreones uno a cada lado de la fachada, como si fuese una fortaleza. Por su arquitectura recordaba un poco —o quizá bastante— a algunas viejas casas de campo inglesas. Estaba completamente rodeada de bosque y sólo un caminillo enarenado llegaba hasta ella.

El taxista susurró:

—Es un sitio muy aislado.

—Hay bastantes sitios así en los barrios aristocráticos de San Francisco —dijo la muchacha con indiferencia.

—Pero es que…

—¿Qué?

—Verá, hoy todo son noticias de horror.

—No acabo de entenderle —dijo ella con su mirada inexpresiva y lejana.

Era una mirada que, no se sabía por qué, daba miedo…

Una mirada que al taxista le recordaba algo… ¡Algo! ¿Pero qué?

Al fin produjo un chasquido con los dedos.

—Es extraño —dijo—. Ya sabía yo por qué me ha salido eso de que hoy todo eran noticias de horror. Mire.

Y extrajo una revista que llevaba doblada en el asiento. Era una revista especializada en crímenes y alguna de sus fotografías resultaban verdaderamente aterradoras. Por ejemplo la de la portada. El rostro medio comido por los peces de la que había sido una hermosa muchacha, y de la que sólo quedaban intactos los ojos, unos ojos quietos, profundos, que aún parecían vivir y que le miraban a uno desde aquel papel, produciéndole en la espina dorsal una sensación de frío.

—Ahora lo comprendo —dijo el taxista—. El cuerpo de esta muchacha lo descubrieron hace poco en los lagos de Louisiana, y no se ha podido averiguar quién era. Pero tiene usted los ojos igual que ella.

—Esa es una frase de mal gusto —dijo la hermosa mujer, que apenas había dirigido una mirada superficial a la revista.

—Lo siento… —el otro se mordió el labio inferior—. Ya me doy cuenta de que no estoy siendo lo que se dice una persona razonable esta tarde… Pero ya le he dicho que hoy todo están siendo noticias de horror.

—No acabo de entenderle. ¿Qué otras noticias de horror ha tenido?

—Bueno, pues… ¡pues, por ejemplo, esta revista! ¡Sí, esta revista! ¡Porque, sea de mal gusto o no, sus ojos son iguales a los de esta pobre muchacha muerta! Y encima lo de esta casa. Nunca creí que tuviera que volver a ella.

La muchacha hizo un leve gesto de sorpresa.

—¿Es que había estado aquí ya? —preguntó.

—Sí. Hace unos días.

—¿Por qué?

—Verá… No me he acordado al principio de la dirección, pero de la casa, sí que me acuerdo. Vaya… ¡Como para olvidarla! Hace poco un patrullero de la policía de San Francisco, venía hacia aquí

para atender una llamada de urgencia y tuvo un reventón en el camino. Entonces dos de los policías pararon mi taxi y me ordenaron que les trajera aquí. Fue la primera vez que vi esta casa.

—¿Y qué pasaba? ¿Cuál era esa llamada de urgencia?

—La dueña de la casa estaba aterrorizada. Decía no sé qué del diablo. En fin, como si el diablo se hubiera presentado en esta casa. Parecía histérica. Uno de los policías tuvo que darle un par de bofetadas para que volviera en sí.

La muchacha seguía mirándole con ojos inexpresivos. Todas aquellas palabras no la afectaban; diríase que resbalaban por su fina piel.

El taxista continuó:

—Total, nada… Ni habían entrado a robar, ni querían matarla ni en la casa estaba nadie más que ella. Era una histérica que creía haber visto al diablo. Yo mismo convencí a los policías para que nos fuéramos después de haber llamado a un médico que le administró un calmante. A medianoche me contrataron para dar unas vueltas por las zonas alegres de la ciudad y me olvidé completamente de ella.

Los ojos inexpresivos seguían clavados en él.

«Cómo se parecen a los de la muerta… —pensó el conductor—. Cómo se parecen…».

Pero el hecho de que la muchacha diera unos pasos, lo que le permitió admirar la calidad de sus curvas en movimiento, hizo que se olvidara de aquellos siniestros pensamientos. Ella musitó:

—¿Tuvo que volver más tarde a esta casa?

—Sí… ¡Oh, sí, maldita sea! ¡También fue mala suerte no me diga! Me alquiló un viejo notario en Ellis Street, porque tenía que hacer inventario de los bienes de esta casa. Comprendí en seguida que la dueña había muerto, pero no me importó demasiado, la verdad. Una histérica menos. Sin embargo, tuvimos la mala pata de coincidir con el entierro, ¿sabe? No había nadie, ni siquiera un pariente. Sólo los empleados de la funeraria y un tipo al que oí que llamaban Davis. Fue él quien tuvo la mala idea de abrir el ataúd para asegurarse de que todo iba bien. Y entonces vi el rostro de la muerta que había dentro.

—¿Era la mujer de la primera vez?

—Sí, en efecto, lo era. ¡Pero ya no podré olvidarla jamás,

maldita sea! ¡Nunca he visto un rostro que reflejara un miedo tan espantoso! ¡Había muerto de terror! ¡Sencillamente de terror! Fue entonces cuando me pregunté: «¿Y si no se hubiera equivocado la primera vez? ¿Y si verdaderamente hubiera visto al diablo?»…

La muchacha a la que había transportado hasta allí parecía no prestarle demasiada atención. Caminaba hacia la cancela que cerraba el enorme jardín de la casa, y eso le permitió a él observar de nuevo la perfecta calidad de sus curvas. Al fin, cuando la chica se volvió, se atrevió a preguntarle tímidamente:

—¿Quién es usted?

—Soy la heredera de la mujer a la que vio usted muerta.

—¿Y… se va a hacer cargo de algo de esta casa?

—Pues claro que sí…

—Entonces hágame caso… Mire, yo no tengo por qué meterme en sus asuntos, pero me da angustia saber que una chica como usted va a estar sola en esta horrible casa. Véndala cuanto antes y lárguese. Sólo por el terreno ya le darán una fortuna.

—Lo pensaré —dijo enigmáticamente ella—. ¿Cuánto le debo?

—Cuatro dólares.

Ella puso un billete de cinco en la mano del taxista, y se alejó por el camino enarenado, tras abrir la cancela. El hombre la vio alejarse, moviendo las caderas de una forma obsesionante.

«Menuda mujer —pensó entusiasmado—. ¡Qué curvas! ¡Qué curvas!…».

Sus ojos se posaron en la revista.

Y leyó el texto que estaba debajo mismo de la foto: «ERA UNA MUCHACHA QUE DEBIÓ TENER ARMONIOSAS CURVAS…».

—¿Por qué me ha tenido que venir este maldito presentimiento? —barbotó hablando consigo mismo—. ¿Por qué al ver una chica tan bonita he tenido que pensar en eso otro? ¿Por qué…? ¡También es mala pata…!

CAPITULO III

Ella acabó el sendero enarenado, llegando hasta la puerta de la casa. Era de sólido roble y recordaba más que nunca a la de una noble construcción inglesa. Las ventanas estaban enrejadas y tenían cristales emplomados. Todos era silencio en torno suyo. Una oscura sensación de pesadumbre, de muerte, se desplomaba sobre los muros.

La muchacha abrió su bolso, pero lo hizo con movimientos calmosos y tranquilos. No parecía impresionarle para nada aquella soledad. Al contrario, diríase que le gustaba.

Del bolso extrajo un papel doblado y lo desdobló. Era una carta de un viejo notario de San Francisco. Sin duda el que había traído el taxista hasta allí pocos días antes.

La carta estaba dirigida a Nueva Orleáns, y decía:

> Señorita Katty Wolseley, lamento tener que comunicarle el súbito fallecimiento de su tía carnal, la señora Ingrid Wolseley.
>
> Puesto que no me fue posible localizarla a usted por teléfono, ya que sin duda se hallaba ausente de su domicilio, me encargué de todos los trámites de inventario y entierro. Yo administraba los bienes de la señora Wolseley y además, era amigo suyo, de modo que me consideré un deber cumplir con esa piadosa tarea, aunque no le oculto lo penoso que resultó todo, debido a la falta de parientes y al hecho de que la tía de usted falleciera de un ataque al corazón cuyas

causas, no se han explicado aún nadie satisfactoriamente.

En fin, cumplimos esos trámites, los cuales me ocasionaron unos gastos de cuatro mil dólares con sesenta y dos centavos, pues hubo que liquidar algunas pequeñas facturas pendientes, estoy en disposición de comunicarle que es usted la única heredera de doña Ingrid Wolseley, consistiendo la herencia en la casa y terreno del 68 de Haymarket Road, en unos solares muy valiosos de la zona de Sausalito, cuyos planos y títulos poseo, y en un importante paquete de acciones cuya relación le mostraré cuando usted se sirva pasar por mi despacho. Todo ello hace que la herencia pueda valorarse en unos ocho millones de dólares, de los que habrá que deducir una importante cantidad en su día por los impuestos a favor del Estado.

Repito que puede pasar por mi despacho cuando guste para formalizar los trámites. A la presente carta le adjunto las llaves de la casa donde murió su tía, En Haymarket Road, pues en ella hay objetos muy valiosos y debería usted tomar posesión de la misma cuanto antes.

Una vez lo haya hecho, no deje, al menos, de telefonearme.

Y ahora quisiera hacerle una advertencia un poco delicada y muy confidencial, que quisiera no tomase usted a broma. Por Dios, no me considere un viejo que chochea. Pero las extrañas circunstancias de la muerte de su tía, me obligan a hablarle de las no menos extrañas circunstancias de la muerte de su esposo, hará unos cuantos años. El señor Wolseley era un excelente investigador y un excelente médico, que sin embargo, no había ganado demasiado dinero, porque se pasaba el día en el laboratorio. Cierta noche apareció muerto en circunstancias que me atrevo a llamar terroríficas e impropias de nuestro
siglo XX
. Simplemente, le habían chupado toda la sangre. Era un caso de vampirismo puro, un caso que nos estremeció a todos los que vimos aquello, y en el que yo personalmente aún no he llegado a creer. Se hicieron investigaciones, se procuró que el caso no trascendiera a la Prensa y al final no hubo más

remedio que archivar el asunto.

Por mi parte y por la de su tía de usted también se procuró no airearlo. ¿Razón? Una razón muy íntima, se lo juro. Había motivos para no desear encontrar jamás al culpable, mejor dicho a la culpable.

Confidencialmente le he de informar de algo que usted no sabe ni había sospechado jamás. Hace unos veinte años, sus tíos, en una expedición por el Amazonas, descubrieron a una niña blanca. Era imposible saber cómo había llegado allí, aunque sin duda sus padres habían muerto en la selva. Lo milagroso era que hubiese sobrevivido…, ¡en una zona llena de serpientes, de caimanes y sobre todo de vampiros! Los vampiros del Amazonas, esos voraces pájaros que le chupan a uno la sangre durante el sueño, hasta dejarle al borde de la muerte, tenían que haber acabado con ella, lógicamente, en una sola noche. Pero nada de eso. La niña estaba bien. Los señores Wolseley la recogieron, la metieron en su avioneta y la trajeron a San Luis, Estado de Missouri, donde vivían en aquella época. Y fue entonces cuando se dieron cuenta de algo terrible, de algo inhumano y aniquilador: ¡la niña se alimentaba de sangre! ¡Era eso lo único que quería! Un médico llamado a toda prisa descubrió que había visto actuar a los vampiros en la selva y que, en su mente infantil, el modo de alimentarse que tenían, le había parecido muy lógico. En consecuencia se dedicó a hacer lo mismo que ellos con los animales que tenía a su alcance. Así consiguió sobrevivir en circunstancias que me parecen dramáticas, terribles y asombrosas.

Sus tíos, los Wolseley, se asustaron tanto que no supieron qué hacer. De repente se dieron cuenta de que albergaban en su casa a un monstruo, aunque ese pequeño monstruo no tuviera la culpa de nada. Procuraron hacer cambiar de costumbres a Lucy —le habían dado ese nombre—, pero sólo lo consiguieron en parte. Cada vez que aparecía, por ejemplo, un gato desangrado en la calle, sabían que lo terrible había vuelto a suceder. La muchachita, al hacerse mayor, les dio incluso miedo. Temían que les atacara a ellos. La señora Wolseley dormía con la puerta atrancada toda la

noche.

Cierta vez tuvieron con Lucy una escena tan terrible que la pequeña escapó de casa. Tenía entonces unos diez años. Los Wolseley decidieron que era mejor así, y aunque se daban cuenta de que su actitud era inhumana en parte, no la buscaron. Decididos a olvidarla por completo, se abstuvieron de dar parte a la policía y abandonaron San Luis, iniciando una nueva vida en San Francisco.

Ese capítulo macabro de sus existencias parecía cerrado para siempre, parecía haberse transformado tan sólo en un mal recuerdo cuando, de pronto, el señor Wolseley apareció muerto en las espantosas circunstancias de que le acabo de hablar. Ni su tía ni yo dijimos nunca a la policía lo que sospechábamos: que Lucy había vuelto. Que, en cierto modo, se había vengado del hombre que la abandonó a su suerte. Y, aunque dominados nosotros dos por el más insuperable horror, hicimos lo posible para que el caso se archivara.

Investigaciones posteriores —la señora viuda de Wolseley se gastó algún dinero en detectives privados— nos permitieron saber que en distintas ciudades del país, pero empezando por el Estado de Missouri, la policía tenía archivados inexplicables, casos de personas muertas desangradas y víctimas de verdaderos actos de vampirismo. Se consideraba que eran actos maníacos y que no se volverían a repetir. En efecto, no se repetían nunca en la misma ciudad, pero en cambio ocurrían en otras. El hecho de que los casos se hubieran iniciado en el Estado donde se perdió Lucy era para nosotros un dato tan significativo como aterrador.

De todos modos, ¿qué podíamos hacer? La señora Wolseley me pidió por favor que guardara el secreto, y como un notario tiene esa obligación, yo la he cumplido fielmente… hasta ahora. Muerta Ingrid, me considero en el deber de contarle lo que sé para prevenirla.

Le dije a la viuda que ella también corría peligro, pero no me hizo caso. Ni tan siquiera dejó esa casa tan hermosa, pero al mismo tiempo tan siniestra de Haymarket Road, donde estaba completamente aislada. No sé por qué tenía interés en

vivir allí, poseyendo como poseía algunas fincas en el centro de la ciudad. Pero ése era un asunto privado en el que no me metí. Tampoco me metí en los últimos negocios emprendidos por la señora Wolseley, unos negocios de los que no me daba cuenta, pero que le permitieron multiplicar su fortuna de una forma fabulosa en tres años, hasta el punto de que el enorme paquete de acciones que posee viene de esa época. En este punto concreto jamás me tuvo la menor confianza, cosa que me dolió, pero me abstuve de comentarlo con ella. Se lo advierto sólo para que usted sepa que la señora Wolseley tenía algún negocio, aunque no sé cuál. Ese dato puede serle útil si alguien la visita o le habla de eso.

Pero, sobre todo, quiero advertirle de que usted corre un gravísimo peligro. Por Dios, no permanezca en esa casa de la colina más que el tiempo estrictamente indispensable. ¡No haga ni una noche en ella! Yo doy una interpretación a la muerte de su tía, y es ésta: la señora Wolseley… ¡vio a Lucy! ¡Se encontró cara a cara con ella después de los años! ¿Qué aspecto tendría Lucy? ¿Qué horror visceral, profundo, invencible llegó a causarle?

El síncope que sufrió la pobre mujer se debió al miedo y sólo al miedo. Nunca podré olvidar su cara. Si usted la hubiese visto tampoco la olvidaría. Estoy seguro de que Lucy volvió… ¡y puede regresar de nuevo! ¡Puede estar aguardándola a usted en la casa! Por tanto permanezca en ella de día, pero de noche vaya a un hotel. No se arriesgue. En cierto modo va a entrar usted en un infierno.

No me gusta decirle esto, pero creo que es mi deber. Ahora ya lo sabe todo y espero su visita.

Suyo afectísimo,

Robert Nataniel Fox. Notario de San Francisco.

La muchacha dobló de nuevo la extensa carta, escrita con un tipo de letra muy menudo y que permitía aprovechar al máximo el papel. Una arruga se había formado en su frente, rompiendo la maravillosa armonía de su piel. Sus ojos seguían teniendo aquella expresión

lejana, como si estuvieran en el vacío.

¿Había miedo en aquellos ojos? ¿O había incertidumbre? Hubiera sido imposible decirlo. Lo evidente era que la mirada femenina era más profunda, más inquietante que las de las otras mujeres. ¡Era una de esas miradas que, una vez las ves, no las olvidas ya nunca!

Miró a un lado de la puerta.

El silencio se había hecho más agobiante y más espeso. Sólo se oía el sonido de las hojas al ser arrastradas por el viento.

A un lado de la puerta estaba la placa de metal que rezaba:

COLEGIO FEMENINO DE LA SEÑORA WOLSELEY
CLASES ESPECIALES

La muchacha apretó los labios.

Sí, allí estaba el trabajo que proporcionó buenos ingresos a la señora Wolseley en la época de su viudez. El notario tenía que ser un viejo distraído. ¿Cómo se había dado cuenta? La señora Wolseley fue maestra en su juventud, y sin duda había vuelto a serlo por pura afición. También estaba en situación de dar clases de medicina y biología, pues había ayudado a su marido. Esas cosas se pagaban bien.

Hizo girar la llave.

Y entró en la casa.

En aquel extraño santuario del olvido.

En lo que el notario Fox había llamado «la entrada del infierno».

CAPITULO IV

Su mirada paseó por el interior.

Tuvo un leve estremecimiento.

La arruga en su tersa frente se hizo más profunda.

Si la casa parecía por fuera un noble edificio inglés, por dentro parecía una catedral. Había en ella una enorme cantidad de artística piedra tallada. La sensación que producía era agobiante, como si al entrar allí se acabara de entrar un poco en el otro mundo.

Sin embargo, los muebles eran cómodos, y algunos de ellos hasta modernos, produciendo con las paredes un contraste que no dejaba de tener su encanto. Había esculturas de la escuela más reciente y cuadros de excelentes firmas. La casa era la de una persona de gustos anticuados, pero selectos, y que podía gastar bonitas sumas en obras de arte. En resumen, la casa de una millonaria.

La muchacha avanzó poco a poco.

Sus ojos lo escrutaban todo con el mayor detalle, pareciendo atravesar hasta las sólidas paredes de piedra.

Dejó atrás el vestíbulo.

Vio los dormitorios.

Soberbios, solemnes… Estremecedores.

Cada una de aquellas camas de otra época parecía haber sido hecha para dictar testamento y morir.

El comedor.

Sólo hubiera faltado que aquellos candelabros de la mesa hubieran estado encendidos. Todo a punto para un banquete de Drácula.

Los cuartos de la servidumbre, también amplios y cómodos, pero con algo misterioso que hacía estremecer.

La luz del día lluvioso, que entraba por las ventanas de cristales

emplomados, parecía penetrar allí a través de las ojivas de una catedral.

La biblioteca.

Cuadros siniestros en ella. Miles y miles de libros desde cuyos lomos brillantes parecían mirar silenciosamente a la intrusa los espíritus del mal.

Sin embargo, había que reconocer que todo estaba en orden y no daba ninguna sensación de peligro. Todo estaba en orden excepto… bueno, excepto aquello.

No podía decirse que la colocación de aquel mueble allí significara un desorden.

Pero era una cuestión de gusto.

No encajaba.

Y en una casa donde todo estaba en su sitio exacto, como si lo hubiera situado un decorador, había que reconocer que aquel armario de tipo Renacimiento, pesado como una galera, estaba pero que muy mal en la única salita moderna que había en la casa. En aquella especie de sala de espera con llamativos cuadros de Utrillo y muebles casi funcionales. Aquel armario era un pegote, una equivocación, un atentado contra el buen gusto.

Y lo evidente era que no estaba allí por casualidad.

Trasladarlo debía haber costado un enorme esfuerzo.

La muchacha parpadeó.

La sensación de que allí algo no encajaba la hizo estar quieta largo rato ante aquel mueble enorme.

Y entonces se dio cuenta de algo más. Las piezas estaban mal encajadas. El armario estaba mal montado. Lo había trasladado allí pieza a pieza una persona inexperta que luego no había sabido montar el mueble bien. ¿Lo había hecho la propia Ingrid Wolseley? Entonces, ¿por qué…?

¿A qué venía tanto esfuerzo?

¿Qué quería tapar con aquel armario?

¿A quién le quiso cerrar desesperadamente el paso?

La muchacha seguía permaneciendo quieta allí.

Como hipnotizada, como hundida en unos pensamientos que resultaba imposible descifrar.

Y aquellos pensamientos le estaban diciendo que allí tal vez sí, que allí podía estar la verdadera entrada del infierno.

CAPITULO V

Los pensamientos se rompieron.

El rostro de la muchacha se crispó.

Estaba sonando el teléfono.

Un sonido tan natural en cualquier oficina y hasta en cualquier hogar del mundo producía allí una sensación de irrealidad y hasta de miedo ante lo desconocido, como hubiera podido producir el repiqueteo del timbre en la Corte de
Enrique VIII
.

Ella lo descolgó.

Se sentó y cruzó las piernas. Estas se reflejaron, maravillosamente seductoras, en uno de los espejos.

Eran como un encanto fugitivo que no servía de nada.

Una voz varonil llegó desde el otro lado del cable:

—¿Señora Wolseley?

Ella vaciló. Por lo visto aquel desconocido no sabía que la señora Wolseley estaba muerta.

—No —dijo sencillamente—. No está.

La voz expresó su sorpresa.

—¡Qué raro! Siempre se la encuentra a esta hora.

—Lo siento…

—¿Quién eres? —preguntó la voz.

Ella tensó la garganta con un gesto de desagrado. No le había gustado el tono de aquella pregunta.

—¿Y a usted qué le importa? —respondió.

Sonó una leve carcajada.

—Vamos, vamos, pequeña zorra…

—¿Qué dice…?

—¡Váyase… al infierno!

Y de pronto la muchacha se estremeció. Iba a colgar, pero se detuvo en seco.

—¿Es el taxista que me ha traído hasta aquí? —preguntó—. ¿Quiere asustarme porque estoy sola?

—¿Sola? ¿Estás sola?

Inmediatamente ella se dio cuenta de que no tenía que haber dicho esas palabras, por lo que se mordió el labio inferior.

—¡Púdrase! —dijo.

—¡Oye!

Ella retuvo un momento más el auricular que ya se disponía a colgar en seco.

La voz insistía:

—¿Eres Nadine?

—¿Quién?

—Nadine…

—¡No la he oído nombrar en mi vida! —dijo entonces ella bruscamente—. ¡Y déjeme en paz!

Colgó.

Pero inmediatamente volvió a descolgar para que, si el desconocido volvía a insistir, encontrara siempre la línea comunicando.

Se secó unas gotitas de sudor que habían comenzado a aparecer en su frente.

Con gestos nerviosos fue hasta el armario que antes tanto le llamara la atención, Abrió una de las puertas. Y entonces vio aquella cosa tan sencilla.

Era una bata colgada allí, una bata de seda muy fina y adornada, casi provocativa, que llevaba bordado el nombre de su dueña.

El nombre tenía tres sílabas.

Na-di-ne.

CAPITULO VI

La hermosa muchacha sintió nacer en sus sienes unas gotitas de sudor helado. Nadine… Sí, ése era el nombre que le habían dado por teléfono. Era el de la chica por la que preguntaba alguien y que ella no había oído nombrar hasta entonces.

Tuvo un leve estremecimiento.

No acababa de entender aquello.

Rozó con sus dedos la bata de seda y vio que era muy hermosa. Sin duda sólo una chica joven podía haber llevado aquello. En una mujer vieja hubiera resultado fatal. ¿Pero quién era Nadine? ¿Qué significaba en aquella casa?

¿Tal vez era una de las alumnas?

¿Pero por qué una alumna, para venir simplemente a clase, se traía una bata como aquélla?

No tuvo tiempo de contestarse a esas preguntas. En aquel momento el rumor de un coche indicó que alguien se había detenido en la cancela del jardín. Vio descender a un hombre, pero ese hombre no entró en la casa. Dejó aparcado su magnífico «Lincoln» y se dirigió a una cabina telefónica que estaba muy cerca, entre los árboles.

Ella tuvo una súbita sospecha.

Colgó el teléfono.

Y, en efecto, al instante, el aparato se puso a sonar.

—Diga…

Una voz masculina preguntó:

—¿Señora Wolseley?

No era la voz de antes.

La muchacha susurró:

—La señora Wolseley no está, ni creo que vuelva en mucho

tiempo.

—¿Pues quién eres tú?

La muchacha separó un poco el auricular de su oído. Tampoco le había gustado el tono de aquella pregunta.

—¿Y a usted qué le importa?

—¡Qué desabrida te estás poniendo…! Vamos, no me engañes. Por la voz me parece que eres Lidia. ¿No puedo entrar? Te estoy llamando desde muy poca distancia de la casa.

En efecto, ella le veía a través de una de las ventanas. El hombre estaba en la cabina telefónica, apenas a cincuenta yardas.

—Lo siento —dijo—. No puede entrar. No le conozco, señor.

Y colgó nuevamente.

Pero una súbita sospecha ya se había apoderado de ella. Volvió al inmenso armario tipo Renacimiento y lo abrió. Había más de una bata de seda allí. Había otras cuatro. Y una de ellas tenía bordado también el nombre de su dueña: Lidia.

¿Qué significaba todo eso?

¿Qué sentido tenían aquellas llamadas?

La muchacha volvió junto a la ventana y miró con disimulo. Vio que el desconocido salía de la cabina telefónica, corría bajo la lluvia y se metía de nuevo en el «Lincoln» con gesto pesaroso. Un minuto después había desaparecido.

La acometió entonces una espantosa sensación de soledad.

Vio que empezaba a oscurecer.

Y recordó las palabras del notario: «No pase ahí ni una sola noche».

Frunció los labios y pensó si era conveniente alejarse de allí. Pero al fin tuvo un imperceptible encogimiento de hombros. Sus ojos brillaron quietamente, con un brillo sutil y enigmático.

Permaneció quieta.

Las sombras estaban cayendo velozmente sobre *Snob Hill*.

Los árboles se habían convertido en manchas misteriosas y negras. Por los caminos no circulaba nadie.

Pero ella permaneció quieta.

«No pase ni una noche…».

Los ojos enigmáticos de la muchacha seguían brillando quietamente en las sombras.

El reloj de carillón dio diez campanadas. Era un sonido armonioso, pero que se hacía siniestro porque llegaba desde las entrañas de la casa. La muchacha, que aún permanecía extrañamente quieta, parpadeó unos momentos.

Bueno, ya había llegado la noche.

Ella miraba las sombras.

Diríase que ningún pensamiento turbaba su paz interior, a pesar del clima de terror que la rodeaba.

Nadie pasaba por las cercanías de la casa. Esta seguía estando absolutamente aislada.

Sólo entonces encendió ella las luces. La casa se convirtió en una especie de luminaria siniestra en el bosque. Los cristales emplomados emitieron unos resplandores que parecían de ultratumba.

Grave error el de la muchacha.

Terrible error el suyo al encender aquellas luces.

Porque unos ojos habían estado observando la casa desde el principio. Y la persona que la observaba creía que la casa estaba vacía.

Pero al ver que se encendían las luces emitió una especie de rugido.

Los ojos brillaron con intensidad diabólica.

¡Había alguien allí!

¡Tenía que suceder! ¡Lo había estado esperando desde hacía demasiado tiempo!

Unas manos ansiosas se pusieron en movimiento. Unas manos que hubieran hecho lanzar a cualquiera un sordo grito de horror.

La muchacha volvió a parpadear.

Captaba el silencio como una amenaza.

Pero no hubo en ella el menor gesto de miedo cuando fue a la cocina. Había en ella numerosas latas de conserva y además la nevera estuvo funcionando durante todo aquel tiempo, al no haber sido cortada la luz. En ella encontró algunas botellas de cerveza, mantequilla en perfecto estado y unas galletas que podían perfectamente sustituir al pan.

Se preparó una frugal cena y la consumió bajo la luz mortecina

de la pantalla. Luego encendió un cigarrillo y lo fumó pensativamente.

El carillón dio nuevamente la hora. Las once. Otra vez las campanadas rasgaron las tinieblas desde las entrañas de la casa.

Arrojó los restos del cigarrillo.

Pensó que podría dormir en uno de los divanes de la biblioteca. Fue hacia allí pensativamente.

Sus ojos seguían teniendo aquella luz quieta y enigmática.

Y fue al entrar en la biblioteca cuando notó aquel crujido a su espalda.

Era detrás de la puerta.

Bruscamente los músculos del cuello de la muchacha se tensaron. Sus ojos tuvieron un brusco parpadeo.

El crujido se repitió.

Alguien estaba tras ella.

Poco a poco su cabeza se fue volviendo; sus brazos cayeron a lo largo del cuerpo.

Diríase que acababa de quedarse sin fuerzas.

Que su propio miedo la destrozaba.

Y entonces lo vio.

Sus ojos demoníacos.

Sus manos monstruosas.

Su boca crispada.

Su capa negra.

Lo que ahora tenía la muchacha ante sus ojos, por increíble que pareciese en el San Francisco de nuestros días, era un auténtico vampiro. ¿Pero hay algo increíble en la California de hoy? ¿No hubo allí alguien que asesinó a ocho enfermeras en una noche? ¿No se produjo allí la satánica «fiesta» de los Manson?

Todos estos pensamientos parecieron bullir en la mente de la hermosa muchacha durante unas trágicas décimas de segundo.

Gritó levemente.

Parecía que sus fuerzas no daban para más.

Y entonces notó también algo asombroso.

Aquel monstruoso ser, aquel vampiro de nuestros días… ¡no miraba sólo su garganta! ¡Miraba todo su maravilloso cuerpo!

¡El deseo brillaba en sus ojos!

¡Era un deseo de fuerza diabólica, pero perfectamente claro! ¡El vampiro buscaba poseerla!

La muchacha retrocedió poco a poco.

Sus manos temblaban.

Sus ojos, desencajados, miraban a la figura negra.

Las manos monstruosas, retorcidas, largas, se tendieron hacia ella.

Buscaron sus piernas.

Sus maravillosas curvas.

Los labios fueron hacia ella.

No hacia su garganta, sino hacia su boca. La muchacha sintió que su blusa era desgarrada.

Al intentar retroceder, tropezó con el borde de la alfombra. Vaciló sobre sus tacones demasiado altos. Intentó inútilmente mantener el equilibrio.

¡Y cayó!

¡Se desplomó sobre la alfombra con un grito de angustia!

El monstruo terminó de desgarrar su blusa. Palpó ansiosamente sus hombros, su pecho, su cintura…

Ella gritó desgarradoramente.

Pero el grito no atravesó la muralla de los cristales emplomados. No rompió la cortina de oscuridad y de silencio.

Los labios del monstruo cayeron sobre los suyos.

Las manos la inmovilizaron contra el suelo.

La muchacha gritó desesperadamente:

—No… ¡No! ¡Socorro! ¡No…!

Pero ya era demasiado tarde. Demasiado tarde para todo. Demasiado tarde incluso para chillar…

CAPITULO VII

Fue a la mañana siguiente, al entrar por las ventanas las primeras luces del amanecer, cuando la muchacha abrió los ojos. Una especie de niebla pasó por ellos. Al principio no vio nada.

La débil luz parecía penetrar a través de los cristales de un panteón.

El silencio era absoluto, sólo roto paradójicamente por los armoniosos gorjeos de algunos pájaros en el bosque.

Por fin empezó a ver un poco mejor.

Vio ante todo sus vestidos destrozados.

Sus medias rotas.

Sólo llevaba un zapato puesto.

Tenía los cabellos completamente desordenados.

Y la tensión que sentía en su intimidad le delataba lo que había sucedido durante la noche, antes de que perdiera el conocimiento.

Su mirada se alargó.

Vio los libros de la biblioteca. Los divanes y los cuadros.

Evidentemente, a la luz del día, todo aquello parecía mucho más natural y acogedor que bajo las sombras de la noche.

La muchacha tuvo un parpadeo de horror, recordando lo sucedido horas antes, cuando la oscuridad se enseñoreaba del parque».

Sus ojos buscaron al monstruo.

Y…, ¡y lo vio!

¡No había huido!

¿Pero hubiera podido huir realmente, aún caso de quererlo? ¿Pueden huir los muertos…?

Los ojos de la muchacha se posaron quietamente en él.

Bajo la capa negra no llevaba nada. Aquella capa que le cubría hasta los pies era su único vestido. Cuando se lanzó sobre ella, la noche anterior, la muchacha lo había notado y entonces se puso a chillar desesperadamente.

Pero ahora el monstruo ya no la atacaría más. Sus facciones estaban espantosamente blancas. A la luz del día ya no daban miedo; parecían incluso grotescas.

Diríase que ya no quedaba en su cuerpo una gota de sangre.

La muchacha se levantó y necesitó apoyarse en una de las paredes. Todo daba vueltas en torno suyo.

Fue hacia el cuarto de baño más próximo. Sentía náuseas, pero no estaba débil. Por el contrario, sus fuerzas habían vuelto a ella por completo. Acabó de desnudarse y se metió bajo la ducha, Estuvo allí mucho rato, con los ojos cerrados, hasta que poco a poco recobró la serenidad.

Era extraño.

Pero aquel instante le parecía delicioso.

El agua fría…

La sensación de descanso…

La música que llegaba hasta ella…

Fue aquella música lo que la extrañó. Aguzando el oído, comprendió que llegaba desde el exterior. En las pistas de tenis que había entre el bosque, a poca distancia, alguien estaba probando un equipo de alta fidelidad.

Música de Bach.

Descanso.

Calma…

La muchacha suspiró, mientras salía de la ducha y se sentía definitivamente aliviada.

Abrió su maletín y buscó otra ropa interior y otro vestido. Se cambió totalmente, empezando por las medias y los zapatos. Arregló sus cabellos. Recompuso un poco sus facciones alteradas por la violencia salvaje de la noche anterior.

Pareció reflexionar dolorosamente sobre lo que debía hacer. Había sido ultrajada y además tenía un muerto en la casa. Y tantas cosas por explicar que no hubiera sabido empezar por ninguna.

Fue en aquel momento cuando sonó el teléfono de nuevo.

Ella lo descolgó impulsivamente. Estaba ansiosa de hablar con alguien.

Pero al instante tuvo miedo. La voz preguntó:

—¿Señorita Katty Wolseley?

—Sí… —dijo Impulsivamente—. Si. Yo…

¿Pero quién podía preguntar por ella?

De nuevo el miedo la acometió bruscamente. Colgó el aparato.

Sentada en uno de los butacones, no tuvo ojos más que para contemplar al muerto. La habitación entera parecía dar vueltas ante ella. El cadáver parecía hacerse cada vez más delgado y más blanco.

Llegó a perder la noción del tiempo.

Menos mal que no se sentía débil.

No. Todo lo contrario.

Y de pronto otra vez aquel sobresalto, Otra vez el miedo. ¡Alguien estaba entrando en la casa! ¡Alguien que tenía una llave!

La muchacha se puso bruscamente en pie.

Fue entonces cuando en la puerta de la biblioteca se dibujó aquella sombra.

CAPITULO VIII

La muchacha ahogó un grito.

Sin embargo, la persona que entró allí no infundía ningún miedo. Era un hombrecillo vestido de gris, de expresión amable, que llevaba educadamente el sombrero en las manos. Contempló a la muchacha con expresión algo absorta, como si no creyese que pudiera ser tan bonita.

Todo parecía normal en la biblioteca. Todo estaba en orden… si uno no se fijaba en aquel diván donde reposaba el muerto.

Y la verdad fue que el hombrecillo no se fijó. Avanzó hacia la muchacha mientras sonreía.

—¿La señorita Katty Wolseley? —preguntó.

—Sí…

—He llamado hace un momento, pero usted ha cortado la comunicación en seguida. Menos mal que yo estaba cerca y he venido en mi coche. Supongo que no me conoce.

—Pues… creo que no.

—Sin embargo, debió recibir mi carta, puesto que está aquí.

La muchacha abrió la boca con un gesto de asombro y alivio a la vez.

—¿Entonces usted es…? —musitó.

—Sí, yo soy Fox, notario de San Francisco. Era el hombre de confianza de la señora Wolseley. No sabe el alivio que siento al encontrarla aquí en buen estado de salud, pero…

Vaciló.

—¿Pero qué…? ¿Qué, señor Fox? —preguntó la muchacha con voz entrecortada.

—¿Ha pasado usted la noche aquí?

—Sí.

—¿Y… no le ha ocurrido nada?

Ella tragó aire porque parecía costarle trabajo el simple hecho de respirar.

¿Cómo explicarlo? ¿Cómo empezar a decir lo que al fin y al cabo no tenía palabras que lo reflejasen?

Sólo fue capaz de hacer un débil gesto.

Señaló hacia un lado de la biblioteca.

Hacia el muerto.

Si al pobre notario lo apuntillan clavándole un puñal en la nuca, no sufre un estremecimiento tan brutal como el que sufrió entonces. Dio una especie de saltito, abrió la boca, se derrumbó sobre una mesita y quedó prácticamente abrazado a ella para no caer.

Miraba al muerto con ojos desencajados.

Al muerto más extraño y más impresionante que había visto en su vida.

Le costaba hablar. Tragaba aire cada vez que quería abrir la boca. Pero algo semejante le ocurría a la muchacha, de modo que el silencio se hizo agobiante entre los dos, hasta convertirse en algo insoportable que los envolvía.

Fue el notario quien bisbiseó al fin:

—¿Quién es? ¿O quién era?

—No lo sé. No lo había visto en mi vida hasta que me atacó anoche.

—¿Dice… que la atacó?

—Sí. Salvajemente.

El notario pareció armarse de valor al fin. Apartó su mirada del espantoso cadáver, de aquella extraña mezcla de vampiro y de sádico, y la clavó en el precioso rostro de la chica.

—Katty —bisbiseó—, Katty, por favor, Cuéntemelo todo.

—Me… me ultrajó.

—¿Qué dice…?

—No sé qué palabra quiere que emplee para decirle que me hizo suya. No conozco otra.

El notario parecía no creerlo. Apretó los labios y éstos temblaron como si fuera a sollozar.

—Es…, es espantoso —dijo—. ¿Cómo estaba en la casa?

—No lo sé… Yo me quedé aquí porque no quería tener miedo. No he tenido miedo jamás. ¡Y quería averiguar la razón de que tía

Ingrid muriese con aquella cara! Ese monstruo estaba oculto detrás de la puerta de la biblioteca. Saltó sobre mí y… y…

El notario se acercó y lo miró con más detalle, dominando su miedo anterior. Al fin y al cabo era un muerto que ya no podía hacerle ningún daño.

—¿Se da cuenta? —musitó—. Tiene las manos retorcidas como si se las hubieran abrasado. Y media cara igual. Pero, sin embargo, no son quemaduras, no. Es algo distinto que yo no puedo identificar ahora. Va vestido como un vampiro de los de película…, pero no lleva nada debajo. ¿Se ha fijado en eso?

Ella musitó con un sollozo:

—¿Cómo no voy a fijarme si…, si…?

—Perdone. He sido un idiota. Hay equivocaciones que un hombre de experiencia como yo nunca debería cometer. ¿Se encuentra bien ahora, después de lo ocurrido?

—Sí. Me he dado una ducha y me he cambiado de ropa. Por eso estoy mucho mejor ya.

—¿Había visto antes a este monstruo?

—Nunca.

—Quisiera hacerle una pregunta, Katty. Una pregunta que no sé si podrá contestarme.

—Hágala.

—¿Quién lo ha matado?

Ella no contestó.

—Perdí el sentido mientras me estaba ultrajando —dijo al fin con un soplo de voz—. No lo he recobrado hasta esta mañana.

—¿Y ya estaba muerto?

—¡Claro…!

—¿Se da cuenta de que… le han chupado toda la sangre?

Ella alzó poco a poco las manos hacia sus labios. Naturalmente que se había dado cuenta. Por eso el contestar era inútil. Perdió la mirada en el vacío mientras sus dedos temblaban.

Fox musitó:

—Es la primera vez que veo a un vampiro desangrado… Un vampiro que ha encontrado la horma de su zapato… Bueno, también es la primera vez que veo a un monstruo como éste, lo confieso. No entiendo nada.

—¿Cree que lo entiendo yo? He perdido el conocimiento, y al

recobrarlo… ¡Estaba así! ¡Así como lo ve! ¡Completamente desangrado! ¡Muerto…!

Iba a sufrir un ataque de nervios. Fox, que conocía la casa, se apresuró a servirle en un vaso unas gotas del *whisky* más fuerte que pudo encontrar.

Luego le dio unas palmaditas en la espalda.

—Es usted muy hermosa —dijo—. Demasiado hermosa y joven para morir.

—¿Trata de decirme algo especial con eso?

—Más o menos lo que le dije en la carta. Yo creo conocer la razón de que todo esto haya sucedido.

—¿La conoce? ¿Y qué razón es ésa?

—Lucy ha vuelto. Se ha llegado a meter en esta casa.

La muchacha se estremeció de nuevo. Dio la sensación de que aquello le causaba más miedo que cualquier otra cosa. Hundió la cabeza y dijo como si tratara de defenderse contra sus propios pensamientos:

—Por favor… Reconozca que eso es una tontería.

—¿Duda de que Lucy existe?

—Claro que no.

—¡Pues si existe está aquí! ¡Tiene que meterse ese pensamiento en la cabeza! ¿No se da cuenta? ¡Ingrid Wolseley murió de miedo porque llegó a verla!

—Pero yo no la he visto.

—Es natural, puesto que en el momento en que Lucy actuó usted estaba sin sentido y bajo los efectos de un terrible *shock*.

—Entonces…, ¿por qué no me atacó a mí? Le hubiera sido más fácil que atacar a ese monstruo.

—No olvide que el monstruo estaba con usted. En cierto modo la defendía puesto que era suya. Ya la había poseído y sin duda quería poseerla otras veces.

Ella se estremeció ante el pensamiento.

Tenía los ojos cerrados y los párpados espantosamente prietos.

El notario Fox continuó con voz tenue:

—Lucy no podía atacarle a usted si antes no le atacaba a él. Así lo hizo, y como siempre su ataque resultó irresistible. Lucy es la peor bestia salvaje que ha existido jamás en la historia del vampirismo. Debió desarrollarse» una lucha sorda, criminal y

miserable mientras usted estaba sin sentido. Lo extraño es que no haya muebles rotos, pero ello indica tal vez que el monstruo no tuvo demasiado tiempo para defenderse. El ataque de Lucy debió de ser como el de un tigre. Y una vez muerta su primera víctima, pensó sin duda en atacarla a usted, Katty, pero ya estaba ahíta de sangre. Se había dado un auténtico y macabro banquete. La dejó para una próxima ocasión.

Las palabras parecieron quedar flotando en el aire. Dibujaban extrañas espirales como si fueran una columnita de humo: «La dejó para una próxima ocasión».

Ella bisbiseó:

—Todo lo que dice suena a…, a algo irreal.

—Puede que lo sea, pero aquí tiene una prueba. Aquí tiene al muerto.

Ella movió la cabeza afirmativamente, con un gesto cansado. Sus fuerzas iban disminuyendo.

—¿Qué cree que debo hacer, señor Fox? —musitó.

—Huir de aquí. Le aconsejé en mi carta que pasara la noche en un hotel, No creo que corra peligro de día, pero durante la noche es distinto. Créame: todo es distinto. Los vampiros atacan al llegar las sombras.

—Pero Lucy no es un vampiro, sino un ser humano.

—¿De veras cree que lo es?

Ella quedó sin respiración.

Musitó:

—No quiero discutir eso.

—En cierto modo usted y ella son parientes. Sus tíos adoptaron a Lucy.

—¿Cree que ella lo sabe? ¿Cree que por eso va a respetarme?

—De momento no la ha atacado a pesar de que pudo hacerlo. Incluso lo que hizo fue vengarla del ultraje a que la habían sometido. Tal vez ello explique acaso lo que sucedió, además del hartazgo de sangre. Sí…, Lucy tal vez la respete a usted, aunque yo no me fiaría de eso. Créame… Debe venir a un hotel cuanto antes.

—Y así no averiguaré jamás lo que le ocurrió a tía Ingrid. Nunca conoceré el secreto de esta casa.

—Olvídelo. Véndala cuanto antes. El que la compre quizá se la llevará con vampiros y todo.

—¿Cree que eso sería noble?

—No, pero lo que trato de hacer es salvarla a usted. Es usted la única persona con la que me siento obligado.

Ella hundió la cabeza.

Las fuerzas parecían haberla abandonado definitivamente.

—Está bien —accedió—, iré a un hotel en seguida.

—Le recomiendo el Sheraton. Tengo buenos amigos en la gerencia.

—¿Y qué haremos con ese cadáver?

—Yo lo ocultaré.

Ella le miró con sorpresa.

—Señor Fox, no le entiendo.

—¿Por qué no me entiende? ¿Qué pasa?

—Parece como si usted tuviera mucho interés en que no se descubra lo que está pasando aquí.

—Lo que trato de hacer —dijo él tristemente— es librarla de peligros, Katty. Si la policía y los periodistas llegan a ver ese cadáver monstruoso, la noticia va a causar tanta sensación que todo el país se conmocionará. Las fotografías van a dar la vuelta al mundo. Un vampiro y un sádico, todo en una pieza…, ¡casi nada! ¡Y además víctima de uno, de su propio gremio! Con franqueza, creo que eso es demasiado para usted, Katty. La volverán loca. Si no me importara, me encogería de hombros y pensaría: «En fin, si acaba en el manicomio no es asunto mío». Pero usted es la sobrina de Ingrid Wolseley, una mujer a la que llegué a apreciar sinceramente. No quiero que entre la policía y los periodistas acaben por convertirla en una demente.

Ella hundió la cabeza de nuevo.

Estaba resignada.

—De acuerdo —musitó—, pero ¿cómo va a hacer desaparecer ese cadáver?

—Lo enterraré en el jardín. Nadie va a verme. Mejo dicho, no lo haré yo, pero lo hará una persona de mi absoluta confianza. Le pido que tenga fe en mí.

—De acuerdo, vámonos. Cierre bien la casa…

El notario la tomó por el brazo.

—Katty —dijo—, Katty, por favor…

La sacó de allí casi a la fuerza porque ella arrastraba los pies.

Era como su propia sombra, era como una muerta.

CAPITULO IX

El día estaba transcurriendo normalmente en el Sheraton. El centro de San Francisco es lo bastante acogedor para que a uno se le olviden las pesadillas y las historias de muertos. Por consejo del notario, la muchacha estuvo en un cine, y luego el propio Fox la recogió para llevarla a cenar a un típico restaurante mexicano. El vino fuerte y los alimentos condimentados con el picante chili, devolvieron a aquella preciosa hembra el optimismo Pero de vez en cuando su mirada se perdía y sus músculos se tensaban. Evidentemente había algo que no conseguía olvidar.

Estaban tomando café en un establecimiento del Chinatown cuando ella preguntó con un soplo de voz:

—¿Se ha deshecho del cadáver?

—Sí…

—¿Cómo?

—Una persona de absoluta confianza lo ha hecho. No tema. Yace enterrado a tal profundidad que no lo encontrarán nunca.

—Me…, mejor.

—Ah… Creo que le encontraré un comprador para la casa.

—Tiene usted mucho interés en ayudarme, Fox.

Él pestañeó.

—Lo ha dicho de una forma extraña, Katty.

—¿De una forma extraña…?

—Sí. Como si dudara de mí.

—Por Dios, no piense eso.

—La llevaré al hotel… Y no salga de allí bajo ningún pretexto, ¿sabe? Nadie la va a molestar, pero además usted no debe dar ocasión para ello. No salga de su habitación hasta que yo la vaya a buscar mañana por la mañana.

—Comprendo.

—Haré que usted venda, cobre el dinero cuanto antes y se marche de aquí. En San Francisco corre mucho peligro.

Ella no contestó.

Tenía la mirada perdida.

Y la siguió teniendo hasta que llegaron al hotel. Hasta que se encerró en su magnífica habitación, en el piso más alto, desde cuyas ventanas se dominaba toda la maravillosa bahía de San Francisco.

Fue entonces cuando sonó el teléfono.

Y fue también entonces cuando sonó aquella voz que recordó inmediatamente y que le produjo como una sacudida:

—Hola, pequeña zorra…

La muchacha se estremeció. Había descolgado el teléfono pensando que la llamaban desde conserjería, pero al tropezarse con aquella voz en el aire tuvo una brusca sensación de irrealidad. Hizo un gesto y estuvo a punto de colgar.

Pero la curiosidad pudo más que su indignación. Nunca la habían llamado «pequeña zorra» hasta que oyó aquella insolente voz. Se dominó poco a poco y dijo con voz tensa:

—¿Cómo sabe que estoy aquí? Usted es el que ha preguntado antes por Nadine, ¿verdad?

—Tienes la memoria tan buena como las piernas. Sí, he sido yo el que ha preguntado por Nadine, pero ahora Nadine ya no me importa.

—¿Quién es usted?

—¿No me conoces? ¿No te han hablado de mí?

—¡Claro que no me han hablado de usted! ¡Jamás he estado en una feria de ganado de cerda!

Y fue a colgar.

Pero la voz le advirtió secamente:

—Te conviene estar a bien conmigo porque puedo darte muchos disgustos. No cuelgues.

—¿Cómo sabe que…, que estoy aquí?

—Muy sencillo. Te he seguido. Me extrañó tu actitud la primera vez que te llamé, y después de darle muchas vueltas al asunto he ido personalmente esta mañana a la casa a ver lo que ocurría. Casi me he tropezado con un viejo. Conque un viejo, ¿eh? Tienes mal gusto, muñeca. Aunque reconozco que, por el coche que llevaba,

aquel tío debía tener pasta.

Las uñas de la muchacha casi se clavaron en el auricular. ¿Pero por quién la habían tomado? Sólo la curiosidad que sentía impidió que dijera algo insultante y colgase de un golpe.

Lo único que dijo fue:

—Se equivoca, imbécil. Aquel viejo rebosante de pasta era el notario Fox. Se encarga de hacer cumplir el testamento de la señora Wolseley.

—¿Su testamento? ¿Es que ha muerto…?

—Sí.

La voz sonó sin el menor deje de tristeza.

—Vaya… No lo sabía. He estado un-tiempo de vacaciones fuera de San Francisco y me encuentro con esta mala sorpresa. Lo siento… ¿Y ese notario no se entiende contigo?

—¡Cállese!

—Oye, eres una chica rara… Y a mí no me trates así porque te meto en un lío que no te sacan de él en toda tu cochina vida… ¿Pero qué te decía? Ah, sí, que he esperado fuera y os he estado siguiendo. Todo el día, todo el bendito día detrás vuestro. Claro…, ¡al fin y al cabo no tengo otra cosa que hacer! Me has parecido la chica más estupenda que he visto en mi vida, y eso que te juro que tengo experiencia. ¡Qué líneas, qué esbeltez, qué flexibilidad! ¡Y al mismo tiempo qué curvas! Oye, ¿tú de dónde has salido?

—De Nueva Orleáns —dijo ella con un soplo de voz, dominando su indignación y su vergüenza.

—¿Trabajabas allí?

—¿Trabajar?

—Sí, mujer. El asunto… Ya me entiendes.

Ella rechinó los dientes.

Estaba roja de indignación.

Pero siguió aguantándose porque estaba aprendiendo más en cinco minutos que en las veinticuatro horas últimas que había pasado en la maldita casa.

—Se equivoca —dijo—. Soy la sobrina de Ingrid Wolseley. Soy también su única heredera.

Sonó un largo silbido al otro lado del cable.

—¡Di…, diablos…!

—Y ahora haga el favor de dejarme en paz.

—Oye, entonces tú te llamas Katty…, Katty Wolseley… Tu tía te nombraba con frecuencia.

—¿La conoció usted también?

—¿Que si la conocí? ¡Pues claro…!

—¿Puede usted contarme cosas de ella? ¿Puede decirme cómo era su vida últimamente?

—Mejor que nadie en el mundo. Mejor que ese estúpido de notario Fox, que no sabía nada.

—¿Cómo se llama usted?

—Robert.

La muchacha apretó los labios con un gesto de decisión.

—Óigame bien, señor Robert: Necesito verle. Necesito confiar en usted para que me cuente cosas que por el momento ignoro.

Sonó una risita de compadreo, una de esas risitas de cacique que parecen indicar: «No te preocupes, todo está arreglado».

—¿Confiar en mí? ¡Pues claro…!

—¿Dónde puedo verle?

—Ahora mismo. Y en la casa de la vieja Ingrid.

—¿Volver? ¿Volver allí… de noche?

—¿Y por qué no? ¿Qué te pasa?

Ella tragó saliva lentamente.

—Está…, está bien —dijo al cabo de unos instantes que al otro se le debieron hacer interminables.

—De acuerdo. Voy hacia allí. ¿Tú no tienes coche?

—No.

—Entonces toma un taxi. Junto a la puerta del Sheraton tienes una parada. Y si alguno de esos chulos te plantea inconvenientes para llevarte allí, le dices que se va a tener que entender con el capitán Robert, de la Policía Metropolitana de San Francisco. Verás qué cara pone.

Los dedos de la muchacha se crisparon bruscamente.

Capitán Robert…

La policía de San Francisco…

La verdad era que aquello era lo último que hubiera podido esperar.

—¿Sorprendida?

—Pues…, pues sí.

—¿Confías ahora?

—Creo que debo hacerlo.

—Pues, hala, date prisa.

—Un momento. ¿Cómo va a entrar usted allí?

—No te preocupes. Estaría bueno que un policía que ya se las sabe todas tuviera problemas con una puerta colocada a principios de siglo. Si quieres bromear bromea con otra cosa, nena.

Y esta vez fue él quien colgó.

Se hizo el silencio.

La habitación le pareció a la muchacha más sombría, más fría, casi negra.

Cerró los ojos un momento y luego fue a ponerse algo por encima para salir. La noche era fresca.

Fría y oscura como una tumba.

—Son cuatro dólares, señorita.

El taxista había sido muy educado. Le abrió la portezuela respetuosamente para que pudiera bajar. Claro que también debió hacerlo para poder verle las piernas, pero alguna ventajilla ha de tener uno en ese jorobante oficio.

La muchacha pagó en silencio.

—¿Va usted a atravesar ese jardín sola, señorita?

—Sí.

—¿Quiere que la acompañe? Todo está muy oscuro…

—Gracias, no se preocupe.

Avanzó a lo largo del sendero enarenado, captando solamente el sonido crujiente de sus pasos.

Vio la puerta entornada.

Había luz en la casa.

Empujó la hoja de madera.

El gran vestíbulo.

Los muebles que eran mudos testigos del pasado.

El pasillo interminable.

La biblioteca.

La voz dijo ásperamente, junto a una de las pantallas que derramaban una luz rosada:

—Menos mal… ¡Por fin estás aquí!

Ella miró a aquel tipo.

Bien vestido. Quizá vestido con demasiada ostentación.

Bajito.

Regordete.

Con cara de sabérselas todas, especialmente en materia de mujeres.

Clavó sus ojos ansiosamente en las curvas de la muchacha.

—Eres muy bonita… —balbució dándole las manos con demasiada efusión y tendiendo una de ellas hacia la parte posterior de su cadera—. Rabiosamente bonita…

—Estese quieto. He venido para que me explique cosas.

—Claro que te las explicaré… Naturalmente que sí. ¿Qué quieres beber?

—Se ve que conoce usted muy bien la casa…

—Por supuesto. Venía aquí con mucha frecuencia, sobre todo antes de mis vacaciones. —Preparó dos whiskys sin dejar de mirarla—. ¿De verdad no te has dedicado nunca al oficio?

—¿Qué oficio?

—¡Mujer!

Robert lanzó una risita corta y viscosa mientras le tendía el vaso.

—En fin —susurró—, ya veo que no te has dedicado nunca a la profesión más antigua del mundo. Pero eso le añade un especial incentivo a la cosa, ¿sabes? Oye…, ¿de verdad no sabías a qué se dedicaba últimamente tu tía Ingrid? ¿No sabes de dónde salía el dinero que estaba ganando a carretadas?

La muchacha sí que lo sabía ahora, y eso le causaba un dolor sordo en el pecho. Pero de todos modos hizo con la cabeza un movimiento negativo.

—Pues eres bastante inocente, nena —dijo Robert mientras la seguía mirando con codicia—. Ingrid Wolseley no tenía demasiado dinero, porque su marido siempre fue un investigador idealista que no hizo nada práctico. De todos modos hubiera podido vivir con normalidad y con cierta comodidad, eso no hay que negarlo. Pero yo tenía un buen asunto entre manos; un asunto tan bueno y tan seguro que ella no lo despreció.

Bebió un sorbo de *whisky*, miró las torneadas rodillas de la muchacha y continuó con voz lenta:

—El asunto de que te hablo era muy sencillo: Chicas. Como capitán de la Brigada de Costumbres de la policía, conocía una serie

de muñecas que estaban dispuestas a seguir por el camino fácil si se las garantizaba seguridad y buena paga. Yo sólo necesitaba para eso una casa aislada y una señora respetable; este sitio y la honorable Ingrid Wolseley resultaban que ni pintadas. De modo que después de convencer a la señora Wolseley recluté a las chicas y las instalé aquí. Tu tía empezó a pagar contribución como si esto fuera un colegio de señoritas. Pusimos la placa. Y la gente empezó a llamar por teléfono y a venir a horas convenidas.

La muchacha había empezado a beber un poco de su *whisky*, pero lo tenía atragantado en la garganta.

Miraba con asco a aquel policía corrupto que no había dudado en organizar y explotar uno de los negocios más sucios del mundo, aunque no tuviera comparación con el de las drogas.

Pensaba con pena en Ingrid Wolseley, una mujer que había llevado una vida digna y que se corrompió estúpidamente en los últimos años de su vida.

Y pensaba también con angustia en ella misma, que empezaba a estar metida hasta el cuello en las aguas negras de aquel pozo.

Robert lanzó una risita seca.

—Bueno, ahora ya lo sabes —dijo—. Ya ves si era sencillo. Tu tía se hinchó de ganar dinero.

—¿Y usted? —susurró ella con desprecio—. ¿Acaso usted no ganaba nada?

—Bueno… Yo tenía una pequeña comisión por cada chica, lo cual formaba una bonita suma, he de reconocerlo. Pero no era eso lo que más me importaba, no… Lo que más me gustaba era tener aquí entrada libre. Vivía como un sultán.

Y volvió a clavar en ella una mirada viciosa y torva, mientras la muchacha se estremecía.

—Mi favorita, de todos modos, era Nadine —susurró—. ¡No puedes imaginarte qué chica! Por eso, cuando volví de unas largas vacaciones en Europa la llamé, para encontrarme con la sorpresa de que solamente estabas tú aquí. No es mala sorpresa, no… ¿Pero y Nadine? ¿No sabes tú dónde se ha metido esa golfa?

La muchacha tenía la mirada perdida.

No clavaba los ojos en ningún sitio.

Le parecía que la luz era irreal, que hasta la luz temblaba en el aire.

—Nadine… —susurró—. Pregunta sólo por Nadine… ¿Y las otras? ¿Acaso sabe nadie dónde han ido a parar las otras?

Tuvo un estremecimiento mientras repetía con un soplo de voz:

—¿Dónde han ido a parar las otras…?

CAPITULO X

La cuestión no pareció preocupar demasiado a Robert que se puso en pie mientras sonreía y avanzaba hacia ella mirándola codiciosamente.

—¿Quién se acuerda de ellas ahora? —musitó—. ¿Quién se acuerda de ellas estando tú?

Y le puso la izquierda en uno de los muslos, por encima de la falda.

Ella se estremeció. Hubo en sus labios una leve crispación de asco.

—Déjeme —musitó—. Déjeme, por favor.

—Oye, nena, hablemos claro, No pensarás que he venido aquí a estas horas para perder el tiempo…

—Ni yo he venido a perderlo tampoco. No quiero saber nada con un tipo como usted. ¡Déjeme en paz le he dicho…!

Y le empujó con uno de sus pies, impidiendo que el hombre la abrazase. Debió hacerle daño, porque todo el cuerpo del capitán Robert se tensó.

Lanzó un grito de rabia.

—¡Maldita puerca…!

Le arrojó el *whisky* a la cara. La muchacha sintió que por unos momentos quedaba ciega, al entrarle el licor en los ojos.

Gimió.

Robert lanzó una risita viscosa.

Aprovechó el momento.

Era un experto.

Dio un empujón a la chica, la tumbó sobre la alfombra y saltó rápidamente para besarla.

Ella se debatió.

Rechinaron sus dientes.

Brillaron peligrosamente sus ojos.

Pero el hombre la dominaba con su fuerza, con su experiencia y, sobre todo, con su brutalidad. Le golpeó dos veces la cabeza contra la alfombra. Por unos momentos la tuvo dominada.

Y en aquel momento la puerta se abrió.

Penetró en la biblioteca aquel tipo.

Los dos alzaron la cabeza, mirando en la misma dirección. No le habían visto jamás. Pero era un hombre joven, alto, fuerte, con los puños apretados y una mirada de desprecio en los ojos.

Fue hacia el policía.

Lo sujetó por detrás de la americana. Lo levantó fácilmente como el que levanta por la nuca a un perro. Robert lanzó un gruñido. Cuando se quiso dar cuenta de lo que ocurría, ya le habían sujetado también por la entrepierna y lo balanceaban como un fardo. Un momento después cruzaba los aires para estrellarse contra una de las paredes.

El impacto fue brutal. Casi la desconchó. Pero Robert era fuerte y se revolvió furiosamente mientras llevaba la derecha hacia la funda pistolera.

—Muy bien —dijo el joven con desprecio—. ¿Por qué no dispara? ¿Por qué no termina así su bonita carrera de cerdo?

—¿Quién… eres?

—No le importa.

Robert se lanzó de cabeza.

Estaba ciego de furia.

Pero el desconocido no perdió la serenidad. Se limitó a tender la pierna derecha. Recibió con el pie al policía, en una tremenda contra que lo envió por el suelo con un gesto de dolor.

A partir de ese momento, el joven ya no le prestó más atención. Lo tenía vencido. Lo despreció. Se inclinó sobre la muchacha para ayudarla a incorporarse.

Los ojos de ésta brillaron un momento.

Buen tipo aquél.

Buena estatura, buenos músculos.

Buena cara.

Pero un momento después los párpados de la muchacha temblaron. Gimió.

El joven fue a volverse.

Demasiado tarde.

Robert ya había saltado sobre él con la culata de la pistola levantada. Le propinó dos brutales golpes, haciéndole caer como un fardo.

La muchacha se llevó las manos a la boca. Todo su hermoso y largo cuello estaba tenso. Sus ojos seguían brillando peligrosamente. Barbotó:

—¡Cobarde!

El policía venía de nuevo hacia ella. Sus manos viscosas la buscaban. Le dio un golpe y la envió contra el diván.

Pegaba duro el muy maldito. Pegaba sabiendo bien dónde hacía más daño.

Pero comprendió que no podría dominar a la chica sólo con aquello y que necesitaba atarla. Con un gesto de rabia fue hacia una de las cortinas y quitó el cordón de terciopelo. Aquello le serviría. Pero como el cordón no acababa de ceder, arrancó la cortina de un golpe.

Y de pronto quedó lívido.

Helado.

Con la sensación de que tenía la muerte clavada en la garganta.

Detrás de la cortina había alguien.

Una figura negra.

Una auténtica capa de vampiro.

Dos ojos demoníacos.

Una boca entreabierta.

Robert apenas pudo barbotar:

—¡No…!

Tenía disuelta en la sangre la sensación de su propia muerte.

CAPITULO XI

La figura negra avanzó hacia él.

La muchacha miraba todo aquello con ojos desencajados.

Aquella especie de vampiro, aquel ser del otro mundo era extraordinariamente parecido al que yacía enterrado en el jardín Hubiera podido decirse que se trataba de su hermano. Tenía las uñas espantosamente largas, los dientes amarillos y los ojos desencajados. El cabello descuidado y largo cayéndole sobre los hombros. La siniestra capa que le llegaba hasta los pies parecía flotar al viento.

Robert vaciló unas décimas de segundo. Aquello debía parecerle algo sobrenatural. Y en efecto lo era.

Tardó demasiado en sacar la pistola de nuevo. Cuando lo hizo, ya aquel monstruo estaba sobre él.

Derribó a Robert sobre la alfombra.

De su garganta escapaban una serie de gruñidos guturales.

Sus uñas se clavaron en el cuello del policía.

Brotó la sangre.

¡Y la boca del monstruo fue hacia ella! ¡La sorbió ávidamente! ¡Robert lanzó un alarido de horror!

¡Los dientes se habían clavado brutalmente en su carne!

¡El monstruo le cubría con su capa, como cubren a sus víctimas las alas de los buitres!

La sangre ya resbalaba por el suelo…

Se oyó un gorgeo febril.

Los ojos del policía, espantosamente blancos, quedaron clavados en el techo.

Eran unos ojos sin expresión, sin alma.

Eran ya los ojos de un muerto…

La muchacha gateaba por el suelo.

Lo veía todo gris.

Sólo espesas sombras había en torno suyo.

Tuvo que hacer un esfuerzo que la pareció sobrehumano para apoyarse en el diván y ponerse en pie poco a poco. No le faltaba vigor; al contrario, sus músculos respondían muy bien, Pero sentía tanto vértigo que le parecía que iba a volver a caer de un momento a otro.

Miró en torno suyo.

El joven desconocido que la ayudó aún no había recobrado el conocimiento, puesto que los dos culatazos habían sido de los que pueden matar a un hombre. Pero no fue eso lo que ella miró realmente. Lo que hizo que sus ojos se clavaran fijamente en un mismo punto fueron los dos cadáveres.

Sí. Dos.

Era como una extraña pesadilla.

El policía yacía muerto con una brecha en el cuello por la que aún se derramaban algunas gotas de sangre. En cuanto al espectro que le había atacado, su situación era muy similar. Diríase que había sido víctima de su propia arma. También tenía una brecha en el cuello por la que escapaban unas gotitas de sangre.

Los dos muertos estaban en una posición casi idéntica.

Era como una visión de ultratumba en la que los ojos de la muchacha parecían negarse a creer.

Sus dedos palparon el aire.

Quedó doblada sobre el diván y tuvo como un espasmo. Así permaneció largo rato, muy quieta y respirando ansiosamente.

El joven fue el que se recuperó a continuación. Lo primero que vio no tuvo nada de desagradable para él: Las fabulosas piernas de la muchacha que estaba doblada sobre el diván de cualquier manera. Pero la siguiente escena que captaron sus ojos le dejó con la sensación de que acababa de atravesar las tinieblas del Más Allá.

Barbotó:

—¡Dios santo…!

Los dos muertos le daban la impresión de no existir en realidad. Eran como una sucia pesadilla.

Se puso en pie y fue hacia la muchacha. Esta se había sentado. Le miraba con unos ojos muy quietos y muy turbios.

Él balbuceó:

—Tú eres Katty Wolseley…

—Sí. ¿Y tú?

—Me llamo Fred. Quizá eso no te diga nada.

—Pues no. No te había oído nombrar nunca.

—Pero conoces a mi tío, el notario Fox. El te dijo que contaba con una persona de absoluta confianza.

Los ojos femeninos temblaron como si no acabara de creerlo. Acercó un poco las manos a sus labios y bisbiseó:

—¿Acaso tú…?

—Sí, yo soy el hombre que enterró al monstruo en el jardín, siguiendo instrucciones de Fox. Conozco toda la historia. Mi tío no tiene absolutamente ningún secreto para mí.

Se pellizcó un momento la mandíbula como si quisiera convencerse de que no soñaba y continuó:

—Cuando me pidió que te sacara del apuro e hiciera desaparecer aquel cuerpo, no pude negarme. Además, tu historia me había conmovido lo suficiente para saber que tenía que prestarte ayuda. Aunque Fox no me lo hubiera pedido, yo lo habría hecho igual. De modo que por mis manos pasó aquel miserable y monstruoso cuerpo que yace ya en el fondo del jardín.

—Fred… Yo…

—Tranquilízate. Ahora ya no corres ningún peligro. Yo estoy aquí para defenderte.

—¿Es que Fox te pidió que lo hicieras?

—Me pidió, simplemente, que vigilara tu hotel para evitar que alguien te molestara. Me extrañó mucho verte salir y dirigirte aquí, pero seguí el taxi con mi coche y me situé cerca de la puerta. Cuando vi que ese cerdo te atacaba… Bueno, ya sabes lo demás. Lo que no puedo comprender es lo que ocurrió desde que perdí el conocimiento.

—¿Crees que lo comprendo yo?

Ella acababa de lanzar una especie de gemido. Sus ojos se habían nublado. Fred le sostuvo la cabeza por detrás en un gesto con el que quería darle aliento.

—Tiene una explicación —dijo.

—¿Qué explicación?

—Lucy.

Ella se estremeció al oír aquel nombre. Se puso en pie y dio unos pasos. Cualquiera hubiera notado que hacía un supremo esfuerzo con tal de mantenerse serena.

—¿Crees que Lucy está aquí? —bisbiseó.

—Estoy seguro.

—Pero…

—¿Tú no has podido ver nada?

—No tengo los nervios demasiado bien —murmuró ella, disculpándose—. Después de todo lo que me ha ocurrido, no se me puede pedir que vea esas escenas como el que ve una película. Creo que cuando ese monstruo ha atacado al policía yo me he… Bueno, me he desmayado. Al menos no recuerdo absolutamente nada hasta que he abierto los ojos de nuevo. Pero entonces era demasiado tarde porque todo había sucedido ya.

Él miraba pensativamente los dos cuerpos. No tenía miedo. Sus facciones rígidas, herméticas, sus nervios impasibles indicaban que era un hombre capaz de afrontar cualquier situación.

—Lucy ha estado aquí —dijo suavemente—. No te ha atacado porque ha tenido otra víctima fácil, pero la próxima vez te atacará. Por eso mi tío no quería que estuvieras ni un minuto más en esta casa.

—¿Crees que… se oculta aquí?

—Estoy seguro. Debe conocer la casa mucho mejor que tú, puesto que habita en ella desde antes de morir tu tía Ingrid. Por otra parte, aquí tiene que haber sitios donde una persona pueda ocultarse bien. ¿Qué conoces de todo esto?

—Sólo los dormitorios y esta biblioteca. No me pareció que hubiera en esos sitios nada de especial. Ni tampoco en otros lugares de la casa, aunque… ¡Aguarda!

Él se volvió bruscamente para mirarla.

—¿Qué pasa?

—Hay algo que no tiene sentido. Un armario que parece tapar algo. ¿Puedes ayudarme?

—Naturalmente que sí. Además, dispongo de toda la noche. ¿De qué armario hablas?

Ella le hizo una seña.

Los dos parecían haber dominado su nerviosismo por completo. Parecían pensar solamente que necesitaban salir de aquel atolladero

y que para eso les haría falta toda su serenidad.

Condujo al hombre ante el monumental armario tipo Renacimiento y se lo mostró. ´Wl se dio cuenta también en seguida de que el gigantesco mueble no encajaba en el ambiente y de que había sido llevado allí pieza a pieza en un laborioso esfuerzo. Para que una mujer como Ingrid Wolseley, ya anciana, hubiera hecho aquello, tenía que estar realmente desesperada.

Él musitó:

—Seguro que tapa algo…

—¿Una puerta?

—Estoy convencido que sí.

E hizo a la muchacha una seña. Ella se colocó a un lado. Era joven y estaba en lo mejor de su fuerza. En cuanto a él, hubiera podido participar en un campeonato de catch.

—No tienes más que sostenerlo un poco. Yo haré la fuerza al girar —dijo—. Ten cuidado… Tira un poco hacia atrás cuando yo te diga.

—Bien.

Trabajaron los tíos.

El armario pesaba una condenación.

Resultaba casi imposible moverlo.

—¡Diablos!

—Probemos otra vez…

—¿Ahora…?

—¡Ahora!

El armario fue separado de la pared lo suficiente. Un esfuerzo más y les permitió ver lo que había tras él.

En efecto, era una puerta.

Los dos la miraron fijamente.

Ella volvía a tener en sus facciones aquellas gotitas de sudor lívido.

—¿Adónde debe dar esto? —balbució.

—No lo sé, pero estoy pensando algo. Algo que no me gusta decirte, Katty: De aquí han salido esos monstruos.

—¡No es posible! ¡El armario no había sido movido en mucho tiempo! ¡Y pesa una tonelada!

—Sí, pero la pobre Ingrid no tuvo en cuenta una cosa: Las patas que lo sostienen son demasiado altas y permiten que por debajo del

mueble se deslice un hombre, aunque sea con dificultades. Desde el otro lado de la puerta les bastaba abrirla (porque debes darte cuenta de que la puerta se abre hacia atrás) y deslizarse por debajo del armario. Ingrid Wolseley no consiguió lo que se proponía. A pesar de su esfuerzo estuvo día y noche a merced de esos monstruos.

La muchacha se estremeció.

Miraba la puerta como una obsesionada.

¿Qué había detrás? ¿Qué universo alucinante, monstruoso, comenzaba más allá de la hoja de madera?

Ahora el sudor corría hasta por su espalda.

Fred tenía los labios tan apretados que sus mandíbulas parecían soldadas en una sola pieza.

El silencio se hizo insoportable entre los dos. La tensión les torturaba los nervios. Oyeron que el carillón desgranaba una serie de campanadas, pero no supieron la hora que era porque ninguno de ellos las contó.

Fred susurró al fin:

—Bueno… No sirve de nada estar aquí mirándonos uno al otro. Más vale que entre de una condenada vez. ¡Adelante!

Y fue a empujar la puerta.

Pero en aquel momento se estremeció.

Todo su cuerpo sufrió una terrible sacudida.

Porque le rodeaba la oscuridad… ¡Las luces acababan de apagarse en toda la casa!

CAPITULO XII

Ella gimió:

—¡No entres!

Había sido un grito impulsivo, algo que no se detuvo a pensar. Oyó el seco chasquido de la puerta.

Él, en efecto, no había entrado. Cerró inmediatamente, quedándose en el exterior, en el instante en que la oscuridad se hacía en torno suyo. Y apretó con todas sus fuerzas el pomo para que nadie lo hiciera girar desde el otro lado.

Ninguno de los dos veía nada.

Sólo escuchaban cada uno la respiración entrecortada del otro.

Fred musitó:

—¿Qué crees que ha pasado? ¿Alguien ha cortado la luz dentro de la casa?

—No, no creo que haya sido eso.

—¿Es una avería general?

—Sí. Date cuenta de que no entra ningún reflejo por las ventanas. Todo el barrio ha quedado sin luz. No creo que esto dure mucho.

—Pues podían haber elegido otro momento.

—Un minuto más tarde habría sido peor. Imagina que ya hubiésemos estado dentro.

—Diablos, tiene razón. Pero si ahora sale alguien de ahí puede atacarnos fácilmente. Basta con que conozca la casa mejor que nosotros dos.

—Creo que…, que no debieras haber dicho eso.

—De todos modos no abrirán. Espera… Sujeta un instante el pomo, por favor. Yo me voy a quitar el cinturón. Lo sujetaré con fuerza a ese pomo y el otro extremo lo anudaré a una pata del

armario. Les será imposible abrir desde dentro.

—¿Imposible? ¿A… a quiénes?

Fred se mordió el labio inferior.

—Más vale que no hablemos de eso, Katty.

En efecto, era un pensamiento que crispaba los nervios. Notó que la respiración de Katty se hacía más acelerada, más jadeante. Le tocó el brazo para convencerse de que estaba junto a la puerta y le pidió:

—Por favor, sujeta el pomo.

En un instante hizo lo que había dicho. El cinturón quedó unido al pomo y a la pata del armario de tal manera que nadie podía tirar de aquella puerta hacia atrás a menos que tuviera la fuerza de un elefante. Podían respirar tranquilos.

—Y ahora —dijo él con un soplo de voz—, creo que podríamos aprovechar el tiempo.

—¿Aprovecharlo en qué…?

—Es un momento ideal para que nadie me vea enterrar esos dos cadáveres. No hay luz en toda la zona. A mí me bastará con la claridad de las estrellas para hacer el trabajo.

—Pero…

—¿Qué te pasa, Katty? ¿No estás de acuerdo?

—¡Uno de ellos es un capitán de la policía! ¡Deberíamos dar parte a alguien!

—¿A quién? ¿A los subordinados de ese hombre? ¿Y quién les va a convencer de que era un cerdo? ¿Y quién va a evitar que1 de momento te acusen de asesinato? ¡Hasta de vampirismo podrían acusarte! ¡Si no fuera tan trágico todo me reiría…! No, Katty, no es ése el camino que debemos seguir. Creo que Robert no ha dicho a nadie que venía aquí, por la cuenta que le traía.

—Entonces… ¿qué?

—Le darán por desaparecido y en paz. Lo buscarán por todo el país, lo buscarán hasta en el fondo de los mares, husmearán en todas partes menos en esta especie de jardín de los horrores. En cuanto a ese monstruo, reposará junto a él. Creo que es lo mejor.

Ella vaciló un momento.

Los pensamientos parecían dar vueltas en su cráneo como una espiral amarga. Al fin susurró:

—Como quieras, Fred.

—No te muevas de aquí. ¿O prefieres acompañarme…?

—No. Creo que debo estar aquí por si alguien trata de abrir la puerta desde dentro. En ese caso chillaría. Y tú grita también si alguien intenta atacarte en el jardín. Todo es posible.

—Así lo haría, Katty. Suerte.

—Suerte…

Le oyó bajar por las escaleras.

Luego se hizo el silencio. Un silencio agobiante, espantoso, que la envolvía como un sudario helado.

Sus dedos rozaron la correa.

Nada pasaría si no se tensaba. En el caso de que se tensara indicaría que alguien estaría tirando de la puerta.

Pero nada sucedió.

Los minutos se hicieron interminables.

Oyó otra vez el sonido del carillón como una serie de aldabonazos que resonaran dentro de su cráneo.

No sabía cuánto tiempo había transcurrido, pero sin duda Fred aún no iba a regresar. Necesitaría bastante para abrir una fosa profunda y en la que cupieran dos muertos. Mientras tanto el sudor se había pegado ya a las manos de la muchacha.

Y de pronto… ¡la luz!

Todo se iluminó de repente, con la misma rapidez con que se había oscurecido. Los ojos femeninos parpadearon.

Vio la enorme habitación vacía.

El armario que parecía un panteón.

Y la puerta quieta. La puerta que nadie había tocado mientras duraron las tinieblas.

Pensó que ahora Fred vendría, pero el joven no regresó. Al cabo de unos instantes comprendió ella la razón: en el sitio en que Fred estaba, no podía darse cuenta de que la luz había vuelto a las calles y a la casa. Debía estar en la zona más protegida del jardín, de modo que desde allí no podría distinguir ninguna farola. Algunas ventanas de la casa sí que debía verlas, pero de poco le serviría eso si las ventanas de aquel lado estaban apagadas.

Pensó en llamarle a gritos.

Pero no lo hizo.

Le estaba ocurriendo algo extraño.

Aquella puerta cerrada le obsesionaba.

Era como si detrás de ella hubiese una voz que la estuviera llamando.

Como si una boca sin sangre pronunciara su nombre.

Como si cien relojes de carillón lanzaran detrás de aquella hoja de madera las campanadas de un tiempo infinito.

Se le había secado la boca.

Pero la obsesión seguía.

Seguía…

¡Seguía!

Poco a poco tendió la mano hacia el metal del pomo. Pareció acariciarlo. Pegó el oído a la hoja de madera.

Nada.

El silencio espectral de las tumbas reinaba más allá de la puerta.

Sus dedos deshicieron el nudo del cinturón. La puerta quedó libre. Ella respiró profundamente. Abrió.

Dio dos pasos hacia a delante…

CAPITULO XIII

No vio más que tinieblas en el largo pasillo en el que acababa de entrar. Sin embargo, el conmutador de la luz estaba a mano izquierda y pudo pulsarlo fácilmente. Lo que vio entonces le hizo tener un sobresalto, pero fue un sobresalto de sorpresa, no de miedo.

Era increíble.

El ambiente, más allá de aquella puerta, cambiaba de tal modo que uno podía tener la sensación de haber entrado en otro mundo. O en una casa que estuviera a docenas de millas de distancia.

Una alegre moqueta rosa cubría el suelo. Las paredes estaban tapizadas con un paño color *whisky* claro.

Había espejos en el techo.

Y algunas reproducciones muy bien hechas. La hermosa hembra parpadeó al verlas.

Eran escenas atrevidas, por no decir otra cosa. Eran hombres y mujeres en excitantes posiciones que reflejaban una casi violenta atmósfera de sensualidad.

Eso es… La sensualidad era el clima que se respiraba allí. Lo entendió perfectamente. Y también entendió perfectamente la clase de mundo en que se había metido.

Aquél tenía que ser el sitio, sin duda, en que las «alumnas» de Ingrid Wolseley recibían a sus amigos. Allí la casa dejaba de ser una noble mansión de otro tiempo para transformarse en un burdel. Las habitaciones que había al lado derecho, todas con puerta de espejo, también tenían un significado muy claro y preciso.

Estaban cerradas.

Pero por debajo de las rendijas se filtraba aquel olor.

Aquel olor nauseabundo.

Fétido.

Aquel olor que te envolvía, que te ahogaba apenas dabas dos pasos hacia él.

La muchacha se armó de valor.

Apretó los labios.

Empujó la puerta de la primera habitación.

Nada.

No era de allí de donde procedía el olor. La habitación estaba vacía y consistía en una pieza con divanes y espejos en la que había un par de cuadros más y un pequeño cuarto de baño adjunto. La bañera estaba vacía.

La muchacha volvió sobre sus pasos.

Una corriente de aire helado le pasaba por la espalda.

¿Y si en aquel momento se apagaba la luz de nuevo? ¿O si alguien cerraba con llave la puerta?

Pero, sin embargo, no se inmutó.

Sus ojos seguían teniendo una expresión enigmática.

Era como si estuviese hipnotizada. Como si una fuerza ajena guiara sus pasos.

Entró en la segunda habitación.

Nada.

Era una pieza idéntica, aunque tapizada de distinto color. Allí el olor se hacía más intenso y penetrante.

Casi necesitaba contener la respiración.

La tercera puerta.

Crispó los dedos.

¡Adelante!

Más allá de la puerta de cristal había una pieza como las otras, pero con una horrible diferencia. De allí sí que salía el olor nauseabundo, insoportable, que lo llenaba todo. Allí sí que estaba lo que nunca creyó tener que llegar a ver.

El cadáver en completa descomposición estaba sobre el diván. Llevaba muy poca ropa, pero se notaba que aquellas prendas, en otro tiempo, quisieron ser excitantes como correspondía a una cortesana de alta clase. Debajo de ellas… estaba el horror.

Por el momento eran moscas.

No había gusanos.

Moscas.

La muchacha que estaba en aquel diván debía llevar un mes y medio muerta. O algo menos tal vez. Era imposible decirlo. Aquella visión enloquecedora no permitía calcular nada.

Ella se llevó las manos a las sienes. Sintió que todo daba horribles vueltas en torno suyo.

Y gritó.

¡Gritó!

¡Gritó como una loca…!

¡Lanzó un aullido inhumano que atravesaba las paredes!

Y así, en aquella posición, a punto de sufrir un terrible *shock* nervioso, la encontró Fred un minuto después. Así, en aquella posición, tuvo que sujetarla antes de que la muchacha se desplomara con los ojos en blanco.

CAPITULO XIV

La arrastró materialmente hasta sacarla fuera. Cuando los dos estuvieron de nuevo junto al armario, cerró la puerta y dio un cachecito a la muchacha tratando de animarle.

—Katty… Por favor, Katty.

Ella abrió los ojos. Le pareció que toda la enorme habitación daba vueltas en torno suyo y que el armario iba a desplomarse sobre su cabeza. Pero al no notar ya aquel olor nauseabundo, respiró con fuerza y se fue animando.

—Ya estás fuera de peligro —musitó él—. No ha pasado nada.

—Pero tú… tú has visto…

—Claro que lo he visto. Desgraciadamente sí. Lo que ocurre es que no me he dejado impresionar tanto.

La ayudó a sentarse en una de las butacas y la acomodó bien. Luego continuó con voz opaca:

—Yo soy médico. No había tenido ocasión de decírtelo, pero ahora ya lo sabes: soy médico y he visto los suficientes cadáveres como para no impresionarme ya ante nada, por muy descompuestos que estén. De todos modos reconozco que ése le hundía la moral a cualquiera. Por el hecho de ser una mujer joven e ir vestida de aquella manera, te dejaba hecho un guiñapo.

Ella asintió débilmente.

Luego él continuó:

—Pero pese a todo me he fijado en una cosa. La descomposición no evitaba que se notase. A aquella muchacha, cuando aún estaba viva, la habían mordido en el cuello hasta chuparle toda su sangre.

Ella lanzó un leve gemido de horror.

Se había cubierto la cara con las manos.

Parecían faltarle fuerzas hasta para hablar.

Él continuó suavemente:

—Supongo que has pensado lo mismo que yo, Katty: que ahí recibían las chicas a sus amigos.

—Claro que sí… Naturalmente que he pensado eso.

—Ingrid Wolseley había dedicado al sucio negocio una parte de esta casa, en combinación con el corrupto capitán de policía, que debía ser el que le proporcionaba la «mano de obra». Todo debió marchar bien hasta que un día ella se encontró cara a cara con Lucy. Entonces supo que el horror había vuelto.

Ella apretó los puños nerviosamente.

—Lucy… ¡Lucy! ¡Siempre Lucy! ¿Por qué tantas veces mencionar a ese fantasma?

—No es un fantasma, Katty. Desgraciadamente Lucy, existe.

—El notario me convenció… Reconozco que me convenció… Pero hay momentos en que no puedo creerlo.

Él se encogió de hombros como musitando: «¿Y qué otro remedio nos queda, excepto creer en ella?».

Continuó:

—Ingrid murió de la impresión, de eso no me cabe duda. Pero había algo más, algo que también está en el secreto de esta casa.

—¿A qué te refieres?

—Esos extraños monstruos, dos de los cuales han muerto. No comprendo quiénes son ni de dónde salen, pero hay una cosa evidente en ellos: necesitan sangre.

—Sin embargo sus dientes… Bueno, quiero decir que no tienen los dientes que nosotros imaginamos en los vampiros. Son de persona normal.

—Y ellos también son personas normales, lo reconozco. Quiero decir que lo serían si no tuvieran sus cuerpos abrasados en parte. Pero hay muchas personas que van por la calle con quemaduras más o menos graves y no por eso dejan de ser normales. No, no me refiero a eso.

—¿Pues a qué?

—En primer lugar en la naturaleza de sus quemaduras. Como médico me he fijado en el cadáver al que he dado sepultura hace poco, y puedo asegurarte que esas quemaduras no fueron causadas por el fuego. Yo más bien creo en… en radiaciones atómicas.

—Pero…, ¡eso es imposible!

—¿Imposible? Ya sé que no ha caído ninguna bomba atómica en los Estados Unidos, pero se han hecho docenas de pruebas de todas clases. Y en los laboratorios se trabaja cada día con materiales radiactivos altamente peligrosos. ¿Quién dice que esos hombres no sufrieron algún accidente? ¿No es eso lo que les pudo ocurrir?

—Pues…, pues claro. Por supuesto que sí.

—Tampoco me extrañaría que el pobre señor Wolseley hubiera tratado de curarles.

—No te entiendo. ¿Qué tratas de insinuar?

—Sólo esto: Wolseley también era médico, pero uno de esos médicos que no se preocupan de ganar dinero sino de pasarse el día entero en el laboratorio haciendo trabajos de investigación. Puede ser que en esos hombres encontrara unos auténticos conejillos de indias humanos. Ellos estarían dispuestos a cualquier cosa con tal de curarse. Abandonados por la ciencia oficial, estaban dispuestos a seguir las instrucciones de cualquiera, sobre todo si ese cualquiera era un médico de buena fe como Wolseley.

—¿Quieres decir que estaban dispuestos incluso a beber sangre humana?

—Veamos, veamos… En estos casos tan extraños yo trato de pensar con serenidad —dijo Fred uniendo las manos—. Es evidente que en el caso de sufrir radiaciones atómicas (pongamos que en un accidente) una de las enfermedades que se puede sufrir a corto o largo plazo es la leucemia. Resulta evidente también que, en principio, uno de los sistemas para frenar el avance de la leucemia es proporcionar al enfermo más y más cantidades de sangre nueva. Quizá Wolseley dio con un sistema en que esa sangre nueva resultaba más eficaz ingerida por vía oral, o quizá esos hombres aplicaron las instrucciones a su modo. Tal vez al morir Wolseley, se proporcionaron la sangre como pudieron. Recuerda que el mismo Wolseley, murió en circunstancias bien extrañas, y yo he empezado a pensar que tal vez le atacaron sus propios pacientes, hasta dejarle sin una gota de sangre en el cuerpo. El caso fue que se transformaron en unos vampiros…, sin dejar en cierto modo de ser personas normales. Eso es lo terrible.

Después de estas palabras guardó silencio, un silencio pesado y agorero que se abatió sobre los dos como una amenaza.

Ella tenía los labios apretados.

Temblaba a intervalos, como una hoja azotada por bruscas ráfagas de viento.

—Esos hombres no llevaban nada debajo de la capa —dijo de pronto, como obedeciendo las órdenes de un brutal pensamiento.

Naturalmente no dijo que uno de aquellos monstruos la había ultrajado, pero quizá él la entendió.

Cerró los ojos un momento mientras una sombra de dolor pasaba por ellos.

—Katty —musitó—, sea lo que sea lo que te ha ocurrido… yo estaré a tu lado.

Ella hundió la cabeza.

Tampoco contestó.

Había rehuido su mirada mientras nacía en sus ojos una expresión fugitiva.

—Lo que yo supongo también —dijo Fred al cabo de unos instantes de silencio—, es que esos hombres ya no debían tener una moral muy sólida. Pero además se encontraron, desde su punto de vista, con una ganga formidable.

—¿A qué ganga te refieres?

Él tembló.

Parecía como si le costara mucho decir aquello.

Y en realidad era espantoso.

Pero al fin explicó con un hilo de voz:

—Se encontraron con las chicas concentradas ahí, en esas habitaciones. ¿Te has dado cuenta de que no tienen ventanas?

—Sí. Sólo tienen un respiradero…

—Justamente. Por lo tanto ellas no podían pedir socorro. ¿Qué ocurrió si esos monstruos cerraron la puerta y se quedaron la llave?

Una brusca sacudida de horror torció el cuerpo de la muchacha.

Sintió frío hasta en el fondo de sus huesos.

—Pero…, pero tía Ingrid… —balbució, como negándose a creer en aquello.

—Tía Ingrid no tuvo tiempo de reaccionar. Al menos hay que creer que cuando se decidió ya era demasiado tarde. Piensa. Piensa en su problema: si se averiguaba que aquí había unas chicas menores de edad, y que ella las prostituía, tía Ingrid iría a la cárcel por muchos años, y encima arrastraría la vergüenza para el resto de su existencia. Cierto que con el capitán Robert no podía ocurrirle

nada, pero el capitán Robert estaba de vacaciones fuera de los Estados Unidos. ¿Entonces qué? Esa vacilación debió consumirle veinticuatro horas, y entonces ya era tarde. La presencia de Lucy acabó con ella.

—Y mientras Ingrid Wolseley fue enterrada, esas pobres chicas estaban… estaban…

—Sí, Katty, hay que creer que estaban encerradas ahí y a merced de esos monstruos. Tía Ingrid, aterrorizada, para evitar ser ella misma una víctima, había situado el armario ahí. Supongo que durante unos días, hasta que esas muchachas murieron, debieron desarrollarse ahí dentro unas orgías estremecedoras y auténticamente salvajes.

Ella se había encogido temblorosamente. Su cuerpo formaba un ovillo en la butaca.

Era como si así quisiera defenderse de un enemigo que estaba en todas partes, un enemigo que estaba incluso en el aire.

Él continuó:

—No sé cuánto tiempo llevan muertas esas muchachas, pero el hecho de que sólo haya moscas en los cadáveres indica que el tiempo no ha sido muy largo. Tú has visto una, pero debe haber más. Y han perecido dos monstruos, supongo que los dos a manos de Lucy, pero también puede haber otros. El peligro continúa. Del mismo modo que ultrajaron y bebieron la sangre de esas chicas, querrán hacer lo mismo contigo.

—Uno de ellos ya… ya lo intentó.

—¿Llegó a… ultrajarte?

Ella no contestó.

Y otra vez por los ojos del hombre pasó aquella sombría expresión de pena.

—Katty —dijo—, yo estoy contigo. Lo que me pregunto es qué debemos hacer. Supongo que lo normal sería avisar a la policía, pero…

—¿Pero qué?

—Temo por ti. Pienso que quizá te acusen de asesinato y te vuelvan loca. Por otra parte hay muchas cosas que no creerán, y que sin embargo, son terriblemente ciertas. Y no quiero mencionar la otra amenaza. Está siempre pendiente de un hilo un ataque de Lucy.

—¿Das por descontado que ella está en esta casa?

—Sí.

—Entonces…, ¿qué debemos hacer?

—Por el momento abandonarla. Tú debes vivir en el hotel y no venir aquí bajo ningún pretexto. Yo entraré de nuevo en ese siniestro pasillo…, pero llevando una pistola cargada por delante.

—¿Y si a pesar de eso acaban contigo?

—Es un riesgo que necesito correr, Katty.

Se puso en pie y la ayudó a levantarse a ella. La sacó de allí. La noche lo cubría todo, como una amenaza.

Apagaron las luces.

—Volvamos al hotel —dijo Fred—. Mañana, cuando el sol se derrame por la bahía de San Francisco, lo veremos todo de forma muy distinta…

Y le estrechó la mano con fuerza. Los dos se perdieron como fantasmas en las sombras de la noche.

Sonaba una dulce música.

En las pistas de tenis seguían ensayando el equipo de hi-fi, pese a ser ya más de medianoche.

¡Los muy bestias…!

CAPITULO XV

Había un hombre en San Francisco que también estaba obsesionado por aquella situación. No sólo era Fred el que no podía dormir. También el taxista que había acompañado a la muchacha la primera vez, cuando ella se presentó en la casa, llevaba una maldita idea metida entre los sesos. Era el taxista que asistió al entierro de Ingrid Wolseley. El que sabía también muchas cosas de aquella condenada casa.

Sus ideas eran muy sencillas y se resumían en tres puntos:

Punto primero: Una chica estupenda y que estaba sola.

Punto segundo: Un sitio completamente aislado.

Punto tercero: Una magnífica oportunidad.

No todo el mundo tiene escrúpulos.

En las grandes ciudades, debido en parte a la filosofía materialista que se está imponiendo, y debido en parte a la benevolencia de las leyes, ha vuelto a imperar la ley de la selva.

En ciertas calles de San Francisco, una mujer está tan perdida como pudiera estarlo en las selvas de Nueva Guinea.

Y aquel hombre, después de casi dos noches sin dormir a causa de sus rabiosos deseos, decidió aprovechar la ocasión. Una oportunidad semejante no se le presentaría quizá en muchos años. Una mujer como aquella no volvería a verla.

Pero decidió asegurarse.

Tenía que estar seguro de encontrarla sola.

A la mañana siguiente del macabro descubrimiento de Fred y de la muchacha, un hombre buscaba afanosamente en la guía telefónica el número de la casa, adonde había llevado a la chica. Al encontrarlo, lo disco nerviosamente.

Cada «Riiiing… Riiiing», al otro lado del hilo le producía un

sobresalto.

Al fin le contestó una voz femenina.

Él no recordaba apenas la voz de la muchacha a la que llevó hasta allí en su taxi. Sólo le había oído unas palabras. Pero dio por descontado que la que le respondía era la misma.

—Oiga… —suspiró—. Oiga…

—Dígame.

—Usted es la señorita Wolseley…

—Sí.

—A usted la llevé hace poco en un taxi hasta esa casa donde se encuentra ahora…

Una notable vacilación se produjo al otro lado del cable, pero al fin la voz, dijo:

—Sí.

—Supongo que me recuerda… Soy aquel taxista. Estuve un rato hablando con usted.

Silencio.

Pero el hombre entendió aquello como una afirmativa. Balbució:

—Verá… Usted olvidó una cosa en mi taxi. No sé si la ha echado en falta.

—No he notado a faltar nada —dijo la voz.

—Se trata de una pequeña cantidad de dinero. Claro, de esas cosas uno no se da cuenta… Podía haberla depositado en nuestro sindicato, pero me parece un trámite estúpido, sabiendo que es usted quien la perdió. Le ruego que me permita ir a devolvérsela.

—Es demasiada molestia para usted…

—Oh, no… Tengo que hacer un servicio muy cerca. No me molesta en absoluto. Y además, caso de no estar usted, lo dejaré a la persona que encuentre.

—No se preocupe; me encontrará a mí —dijo la voz—. Continúo sola en la casa.

El taxista se mordió el labio inferior.

Estuvo a punto de dar un salto de júbilo. Sus palabras habían producido el efecto que deseaba, y ahora, ya sabía lo que necesitaba saber.

—Estaré ahí dentro de media hora —dijo—. Aguárdeme, por favor.

Y colgó.

Un rabioso nerviosismo se apoderó de él.

Ya no tenía nada en su cerebro nada excepto las curvas de la chica.

Necesitaba aprovechar aquella oportunidad.

Necesitaba aprovecharla como fuese.

No era la primera vez que atacaba a una mujer, y por lo tanto conocía el paño. Se proveyó de un anillo, con una gruesa piedra porque sabía que así destrozaría la cara de la mujer si tenía que golpearla. El ver la sangre la desmoralizaría por completo. También guardó otro traje en el taxi por si tenía que cambiarse después de la «fiesta».

Se las sabía todas.

Montó en el taxi y fue a buena velocidad a *Snob Hill*.

Llevaba en el bolsillo veinte dólares. Para iniciar la conversación, le convenía mostrarlos a la muchacha y decirle que los había perdido en el taxi.

Vio la casa.

La puerta.

Pareció palpar la soledad de aquel ambiente.

Je, je… Y encima había suertecilla.

La puerta de la casa estaba abierta.

¿Y si la chica había adivinado el juego? ¿Y si se prestaba sin necesidad de violencias?

Entró.

Y cerró bien la puerta a su espalda.

Su pulso latía aceleradamente. Nunca, en sus contactos con mujeres, había sentido emoción.

La vio.

Menuda ganga…

Ella estaba sentada de espaldas. Pero le mostraba por un lado de la butaca las piernas maravillosas. Se las mostraba con una generosidad y una picardía que él no hubiera esperado nunca.

Balbució:

—He venido a traerle… veinte dólares.

—Gracias —dijo ella con voz metálica—. Déjelos ahí y váyase.

—No tenga tanta prisa. Me gustaría hablar con usted.

—¿Hablar de qué…?

—Verá, muñeca… Creo que deberíamos llegar a un acuerdo.

—¿Un acuerdo…?

—¿Por qué no? Usted es una bonita hembra y yo soy un ansioso varón. Creo que nos complementamos.

—Le he dicho que deje los veinte dólares y se vaya.

—Poco a poco… No sea tan adusta, nena. Debería darme las gracias. Y además usted me gusta. ¿Para qué vamos a andar con disimulos?

Avanzó con el mayor cinismo y le puso la mano derecha sobre una de las piernas. La sujetó por los cabellos y la hizo volverse.

Fue entonces cuando la vio bien.

Bueno… cuando vio sus ojos.

Cuando vio aquella mirada de hielo.

¡Y aquella boca!

¡Aquella boca torcida en una mueca que se dirigía hacia su garganta!

¡Cuando vio aquellas manos crispadas en el aire!

¡Y cuando captó en el aliento de la mujer aquella terrible amenaza!

No supo lo que sintió, pero de repente comprendió que tenía que defenderse. Con todas sus fuerzas lanzó hacia delante el puño en el que estaba el anillo cuya piedra rasgaba como un puñal.

No contaba con la agilidad de la diabólica mujer.

Ella esquivó fácilmente.

Sus manos fueron hacia la garganta del hombre. Él se dio cuenta entonces de que aquellas uñas estaban armadas con unas puntas metálicas que las transformaban en zarpas.

Lanzó un grito de horror.

Demasiado tarde.

Las uñas desgarraron su garganta con un frenético «*raaas… raaaas*…», de la tela que se rompe. Y brotó la sangre.

La sangre…

¡La sangre roja y caliente que lo llenaba todo!

¡La mancha escarlata que esperaba ver la hiena!

Ella lanzó un alarido triunfal, alucinante, que resonó en todos los rincones de la casa.

Un alarido de muerte.

Un grito de loca…

Miraba la sangre con una fijeza hipnótica, salvaje, con un deseo

febril que hacía que sus ojos se clavaran en la piel como cuchillos.

Él retrocedió poco a poco.

Se estaba quedando sin fuerzas.

Era ridículo, pero él…, ¡él temblaba ante una mujer! ¡0 quizá ante una hiena!

Fue a retroceder más aprisa. Hizo un gesto de correr locamente hacia la puerta.

Ella tiró de la alfombra.

El suelo vaciló bajo los pies del taxista. Dio una completa vuelta de campana, y se estrelló contra una de las paredes.

La carcajada diabólica resonó entonces en toda la casa. Fue una carcajada triunfal, alucinante, que hizo vibrar hasta los hilos de sangre que se deslizaban hacia el suelo.

Las manos cayeron sobre la cabeza del hombre.

Tiraron de su pelo.

Lo arrastraron por el suelo de la habitación como si arrastraran un fardo.

Él notó que se iba quedando progresivamente sin fuerzas. El terror le dominaba. Era un miedo visceral que le llenaba las venas.

Había fuego en la chimenea.

¡Lo arrojaron allí!

Lanzó un alarido terrible cuando las llamas llegaron hasta su piel. La próxima carcajada le destrozó de tal modo que ya fue incapaz hasta de moverse. Suplicó pesadamente:

—Nooo… Nooo…

Uno de los tacones de la mujer se clavó en su ojo derecho.

Se lo arrancó. Le dejó sin visión en aquel lado. El hombre lanzó un alarido de muerte mientras se retorcía de dolor.

Curiosamente, aún oyó a lo lejos una música suave.

¡Los del tenis seguían probando el
hi-fi
!

Aquella música fue rota por el nuevo alarido de la loba. Esta vez fue mucho más terrible aún que las primeras. Todos los cristales se pusieron a vibrar misteriosamente. Los tímpanos del hombre parecieron ir a romperse.

La sangre brotó con más fuerza.

La sangre…

Los labios ávidos la buscaron.
Las diez uñas se clavaron en la cara del hombre. La destrozaron.
Se oyó un gorgoteo salvaje.
Un gorgoteo de muerte.
Preludiando el silencio de la nada…

CAPITULO XVI

La muchacha lanzó un grito terrible, lacerante, llevándose ambas manos a la cara, mientras sus ojos se desencajaban al ver el cadáver.

No era para menos. Hasta un hombre con todo el dominio de sus nervios hubiera sentido tentaciones de gritar.

El taxista estaba en el centro de la habitación, bañado en su propia sangre. Pero ésa era toda la sangre que había, porque en su cuerpo no quedaba una gota. Su piel espantosamente blanca hablaba sin necesidad de palabras de la tragedia que poco antes se había desarrollado allí.

Pero lo que más impresionaba eran sus ojos.

Aquellos ojos espantosamente abiertos.

Aquella mirada perdida para siempre en el espacio y que hablaba del horror que aquel hombre llegó a sentir en el momento de su muerte.

Fred tapó la cara a la muchacha.

No quería que lo viese.

Pero ella ya lo había distinguido todo. Temblaba convulsamente en sus brazos.

De su garganta escapaba un gemido.

Y un solo nombre:

—Lucy…

Fred susurró:

—Por Dios, salgamos de aquí.

La llevó a otra sala donde al menos no veían el cadáver. La hizo sentarse y le preparó un vaso de *whisky*.

—Katty —musitó—, al ir a buscarte al hotel esta mañana y traerte aquí, jamás pensé que nos encontré riamos con esto. Te juro

que no lo esperaba.

—No hace falta que me lo digas, Fred.

—¿Conocías a ese hombre?

—Sí.

—¿Quién era?

—Cuando llegué a San Francisco desde Nueva Orleáns alquilé un taxi para llegar a esta casa. El taxista era él.

—Parece… increíble.

Ella no contestó.

Tenía la mirada perdida.

Parecía a punto de sufrir un ataque de nervios.

Fred suplicó:

—Bebe… ¿Te convences ahora de que Lucy existe y está en esta maldita casa?

Ella asintió con la cabeza mientras bebía un trago convulsamente.

—Yo no sé para qué vino este hombre —dijo Fred—. Pudo ser para una cosa buena o para una cosa mala, pero, en fin, ya no importa. Supongo que te buscaba a ti y…, y en tu lugar encontró a Lucy.

—No puedo ni… ni imaginarlo…

—Lo que acabamos de ver demuestra que Lucy es una auténtica hiena —dijo Fred con la mirada perdida—. Lo ha atacado de un modo tan salvaje que lo que ha quedado no es ni siquiera un ser humano. Y eso demuestra también que sigues estando en un terrible peligro.

—A mí…, nunca me ha hecho nada.

—Ni te haría nada caso de encontrarte ahora, supongo. Lucy debe estar saciada.

Ella movió las manos con un gesto de impotencia.

—Fred —suplicó—, ¿qué podemos hacer?

—Ese es otro crimen que no esperaba, lo confieso. Ya no sé por dónde debo ir.

—¿Vas a avisar a la policía?

—Cuanto más se complica esto menos puedo avisarla. ¿No lo comprendes, Katty?

—Claro que lo comprendo. Me hago cargo de la situación.

—Creo que lo que deberíamos hacer es vender la casa cuanto

antes y enviarte bien lejos de aquí.

—Tu tío, el notario, y tú, tenéis mucho interés en vender la casa, Fred.

—¿Por qué dices eso? ¿Es que desconfías?

—No, no… Perdona.

Él se puso en pie y caminó nerviosamente por la pieza, sin mirar a la muchacha.

—Yo te diré lo que debemos hacer —musitó—. Ante todo, haré desaparecer esos cuerpos que hay ahí arriba.

—Necesitarás… ponerte una mascarilla.

—La traigo en este maletín. Por eso he ido a buscarte al hotel a la hora que convinimos. Ya que, naturalmente, traigo otra para ti. Y dos pares de guantes de goma.

—¿Quieres que… te ayude?

—Ya sé que es terrible, Katty, pero creo que solo no podría hacerlo, y además no puedo confiar en otra persona que no seas tú.

—No te preocupes. Te ayudaré.

—Entonces vamos. Cuanto antes mejor. Lo fastidioso es que tendré que hacer desaparecer un cadáver con el que no contaba.

Fueron al primer piso. Todo estaba igual que la noche anterior. Fred murmuró:

—Depositaremos los cuerpos en un diván y lo arrastraremos. Creo que habrá un diván lo bastante estrecho para atravesar esta puerta.

—¿Y… para bajarlos al jardín?

—Los arrojaré yo mismo por una de las ventanas que dan a la parte trasera. No me importa que queden deshechos, puesto que los sepultaré en seguida. Hay una ventana que está completamente tapada por los árboles, y que es imposible que vean desde ningún sitio.

—De acuerdo. Entonces a… a… adelante.

Él le tendió una mascarilla y unos guantes de goma. La mascarilla estaba unida a un pequeño depósito de oxígeno, de modo que podía respirar sin peligro al menos durante una hora. Luego él abrió la puerta.

Tuvieron una sensación espectral.

La luz del interior estaba encendida.

Alguien había estado allí antes que ellos. Detrás de la puerta que

acababan de franquear palpitaba un mundo siniestro que desconocían los dos.

Un mundo sin entrañas.

Ambos avanzaron poco a poco.

Primera puerta…

Segunda puerta…

¡Las moscas! ¡La nube infecta de moscas que saltaba sobre ellos!

Gracias a las mascarillas que les cubrían la cara y a los guantes que les llegaban hasta el codo, no sintieron tanto asco. Fred señaló uno de los divanes de la habitación, y luego, tomó a la muerta por los hombros. Ella le imitó. La carne se deshizo entre sus dedos.

Fue una sensación tan angustiosa que se le hizo insoportable.

Tuvo que cerrar los ojos para no verlo. El cuerpo fue depositado en el diván.

Era una operación tan macabra, tan apabullante que hasta el hombre sentía vértigo.

Pero fingió la mayor serenidad mientras hacía una seña y pasaba a la otra habitación. Allí había un segundo cadáver.

Este no llevaba ninguna ropa.

También pertenecía a una muchacha que en otro tiempo fue tentadora y bonita. También en sus ojos espantosamente abiertos había quedado plasmada una definitiva expresión de horror.

La sujetaron entre los dos, y la colocaron en el mismo diván. Siguieron adelante su macabro camino.

Quedaba la última habitación.

Para llegar a ella había que doblar un recodo del pasillo. Más allá del recodo se veía luz natural. Y se oía el «*tlac, tlac, tlac*», monótono de una ventana batida por el viento.

La muchacha fue la primera en llegar hasta allí.

Miró.

Y vio algo que le hubo de llamar la atención por fuerza. La ventana daba al exterior, a la altura de un primer piso, y resultaba lo bastante grande para permitir el paso de una persona. De ella descendía hasta el suelo un adorno de piedra, una tira ornamental que formaba en realidad como una serie de peldaños pegados a la pared y por los que podía trepar fácilmente un hombre.

Eso significaba que hasta aquella especie de recinto secreto…, ¡se podía subir por allí!

Pero llegando, ¿desde dónde?

Los ojos de la muchacha se tendieron hacia el vacío.

Vio el sendero.

Y la casita al fondo.

La casa de color terroso que estaba metida dentro del jardín y del bosque, o sea que pertenecía a las posesiones de los Wolseley. En otro tiempo quizá debió ser la casa del jardinero. Ahora podía ser otra cosa.

Tenía la puerta y las ventanas cerradas.

El silencio lo llenaba todo.

El silencio imperaba en todas partes, penetraba hasta los últimos resquicios de aquel imperio de la muerte.

Y ella pensó entonces algo. Pensó una cosa que jamás hubiera debido pensar.

Una mano se posó en su espalda suavemente.

Sintió un estremecimiento visceral que le llegaba hasta el fondo de la médula.

CAPITULO XVII

Se volvió con una contracción, pero en seguida sus temores se disiparon. Quien estaba con ella era Fred.

A través de los cristales de la mascarilla notaba la expresión de sus ojos interrogativos.

Pero ella hizo un gesto con la derecha indicando que no ocurría nada. Fue tras él.

En la última habitación también había una muchacha muerta.

Esta se hallaba encogida cerca de la entrada, arañando la pared con sus manos que ya casi no existían. Resultaba fácil adivinar que las fuerzas la habían abandonado cuando trataba desesperadamente de huir.

De las tres muertas, aquélla resultaba la más patética.

El mirarla causaba una especial angustia.

No daba repulsión, sino pena.

La sujetaron y la depositaron también en el diván. Luego Fred arrastró el mueble fuera. Lo depositó al pie de la ventana que ya había elegido, tomó cada uno de los cuerpos y los arrojó al vacío.

Todos se rompieron al llegar abajo.

Eran una visión de pesadilla.

Cuando los dos se arrancaron las máscaras estaban pálidos, como muertos.

Fred musitó:

—No te preocupes; los enterraré en seguida.

—¿No te verán?

—He elegido un sitio desde el cual es imposible que me espíe nadie. Está casi al pie de la ventana.

—Pero… ¿y las tumbas? ¿Las tumbas no podrá notarlas cualquiera que pase?

Él negó con la cabeza.

—No es tan fácil. Las cubriré con hojarasca como las otras dos, y por debajo irá creciendo la hierba. Estoy seguro de que dentro de dos meses no se nota nada.

—De acuerdo, Fred. ¿Te ayudo?

—No, no hace falta. Déjame solo. Luego me ocuparé también del hombre que hay abajo.

Ella le vio desaparecer. Sus párpados temblaron un momento.

Pero no era de miedo. No, nada de eso. Estaba pensando en la casa que acababa de descubrir al fondo del jardín.

Una idea le daba vueltas por la cabeza.

Una maldita idea…

CAPITULO XVIII

Las sombras de la noche habían caído de nuevo cuando el taxi se detuvo ante la entrada del jardín de la casa. De él descendió la muchacha con un movimiento ágil.

Fred creía que ella estaba en el Sheraton. La había telefoneado media hora antes, quedándose tranquila. E inmediatamente ella había salido para dirigirse a *Snob Hill*.

Estaba segura de que Fred ya no volvería a telefonearla.

Pagó el importe de la carrera, vio cómo el taxi se alejaba entre las sombras, descendiendo de la colina, y ella misma penetró en las tinieblas. Sus pasos eran tranquilos y pausados; eran los pasos de una mujer que sabe adónde se dirige y el peligro que corre.

Bordeó la casa.

Ya se ha dicho lo que ocurre a veces a dos millas del corazón de San Francisco: Las zonas verdes son tantas que uno puede tener la sensación de estar aislado en los bosques de Montana. Allí donde estaba la muchacha el silencio era tan espeso y al mismo tiempo tan puro que se podía tener la sensación de que aquel terreno no había sido hollado jamás. Y, sin embargo, estaba detrás de la casa, a muy poca distancia de donde reposaban varios muertos.

Miró la ventana desde la cual había contemplado la pequeña casa unas horas antes.

Seguía crujiendo levemente a impulsos de la brisa. Más allá estaba el mudo universo de horror que ya había visitado, pero del que no quería acordarse ahora.

Miró el leve sendero apenas insinuado entre los árboles y la casa al fondo. No había en ella ninguna luz. Parecía tan abandonada como cuando la distinguió por la mañana.

La brisa soplaba tenuemente entre aquellos árboles.

Producía un sonido leve y siniestro.

Muy pocos seres humanos se hubieran atrevido a seguir avanzando por allí, por entre aquellos árboles detrás de cada uno de los cuales acechaba un misterio. Pero ella parecía haber dejado el miedo muy atrás. Avanzó sin titubear, dejando que sus pisadas crujieran en las hojas muertas.

La sensación de soledad era absoluta.

Llegaba a hacerse angustiosa.

Había momentos en que podía tener la sensación de estar caminando por un planeta abandonado.

Por eso tuvo una sorpresa tan violenta al oír aquella voz, cuando la llamó alguien:

—¡Katty!

Se volvió de pronto. Había palidecido a causa de la sorpresa.

Pero aquella voz no significaba ningún peligro, sino todo lo contrario. La muchacha sonrió, aunque sin disimular aún su asombro, cuando vio acercarse a aquel hombrecillo.

Resultaba bien extraño encontrarle allí, la verdad.

Era Fox, el notario de tía Ingrid. Y al mismo tiempo el tío de Fred, el joven que tanto la estaba ayudando.

Resultaba curioso ver que, allí donde tantos tenían motivos para temblar, el hombrecillo no temblaba en absoluto. A pesar de su escasa estatura y sus menguar das fuerzas, no cabía duda de que tenía corazón. Se acercó a ella con paso firme y la miró inquisitivamente.

Ella tuvo entonces de nuevo aquella oscura sensación que ya había tenido otras veces.

¿Por qué el notario Fox se interesaba tanto por aquel asunto? ¿Por qué…?

Fox barbotó:

—¿Qué hace usted aquí, Katty?

Su expresión era extraña. Sus ojos brillaban casi siniestramente detrás de las gruesas gafas, al recibir de frente la luz de la luna.

Ella retrucó, con otra pregunta:

—¿Y usted…?

—Vigilaba.

—¿Qué vigila?

El notario apretó sus pequeños puños mientras hacía un gesto de impotencia.

—¿Por qué Fred ha tenido que confiar tanto-en usted? —murmuró—. ¿Por qué ha sido tan ingenuo?

—No le entiendo, Fox.

—El cree que usted todavía está en el hotel Sheraton.

Confía tanto en usted, Katty Wolseley, que ni siquiera se le ocurrió imaginar que usted pudiera salir en secreto.

Las facciones femeninas se tensaron.

Su mirada adquirió una luz turbia.

Pero su voz seguía siendo perfectamente tranquila cuando dijo:

—Soy una mujer libre, ¿no?

—Sí, es libre, pero no olvide esto. Es también una mujer que está en peligro.

—¿Por qué se preocupa tanto de mí, Fox? ¿Por qué tiene tanto interés en resolver de una vez esto?

—Por la amistad que tuve con Ingrid Wolseley. No quiero que usted corra más peligros ni que este asunto se divulgue.

—¿Es que por fin ha sabido cómo ganaba tanto dinero Ingrid Wolseley? —preguntó sombríamente.

El notario bajó la cabeza.

Parecía sentirse avergonzado. Guardó un pesado silencio.

Al fin dijo con un soplo de voz:

—Fred me lo ha dicho. Estoy…, estoy confuso y avergonzado. Nunca lo pude imaginar.

—No le eche toda la culpa a ella. Supongo que ese corrompido capitán de la Brigada de Costumbres la convenció. Quién sabe si llegó a amenazarla.

—Pero lo que Fred me ha contado es…, es horrible.

—Sí… Imagino que detrás de aquella ventana se desarrolló una terrible orgía de placer y de sangre. Me cuesta trabajo pensarlo. Cada vez que veo en mi interior las escenas que debieron ocurrir, hay algo que… Bueno, algo que se subleva en mi sangre.

—¿Y por eso ha venido, Katty?

—Sí.

—¿Qué busca?

—Dos de aquellos monstruos han muerto, pero tiene que haber

más, Y esta mañana me he convencido de que se ocultan en aquella casa. Es el único sitio desde el que pudieron llegar fácilmente al edificio principal, atravesando el bosque, y trepar por aquella cornisa ornamental hasta llegar a la ventana. Por allí, dejando a un lado las habitaciones en que yacían los cadáveres de las chicas, les resultaba fácil llegar hasta el rincón de la casa que quisieran. Tía Ingrid, aterrorizada, había puesto un gran armario ante la puerta antes de morir, pero no tuvo en cuenta que aquella puerta se abría por el otro lado, o sea que no hacía falta empujar el armario. Y como éste no llegaba hasta el suelo podían deslizarse por debajo.

El notario asintió en silencio.

Detrás de las gruesas gafas, a la luz de la luna, sus ojos seguían pareciendo extrañamente los enormes ojos de un pez.

—Con Fred hemos hablado de eso —susurró—. Lo único que no le he dicho a él es lo que yo también imagino. Porque yo también imagino, como usted, Katty, que los monstruos se han ocultado en esa casa. Mejor dicho, estoy seguro. Ahora bien: ¿sabe usted quiénes son esos monstruos?

—¿Y usted?

—Yo sí. Por lo menos tengo ya elementos de juicio para imaginarlo.

—Muy bien. Entonces hable, Fox. Le escucho.

—¿Hemos de hablar necesariamente aquí? ¿No hay otro remedio?

—Aquí corremos tanto peligro como en cualquier otro sitio. Y este lugar tiene al menos una ventaja: Ya no necesitamos movernos de él.

—Está bien —dijo el notario mordiéndose los labios—, entonces le contaré lo que sé. En primer lugar he de recordarle que el pobre Wolseley, el marido de Ingrid, era un médico que se dedicaba a la investigación científica y para quien el dinero carecía de importancia.

—Lo sé.

—Pues bien, el azar le puso un día en el camino de cuatro empleados técnicos de una estación de pruebas nucleares que habían sufrido los demoledores efectos de la radiactividad. El Estado había hecho lo posible por ellos, teniéndolos mucho tiempo en clínicas especiales, pero sin resultado alguno: Estaban

profundamente quemados y en algunos aspectos eran unos monstruos. Por otra parte se les declaró una secuela muy temible de la radiactividad: la leucemia. En realidad los cuatro estaban condenados a muerte.

—Hasta ahora le entiendo a la perfección. Siga.

—Pues bien, en esta situación desesperada se encontraban los cuatro hombres, ya casi abandonados del todo, cuando conocieron al doctor Wolseley. Este no podía curarles de sus quemaduras, pero ensayó con ellos lo que le había estado ocupando durante los últimos años: Las posibilidades de curación mediante la ingestión de sangre humana. En realidad no hacía con ello más que seguir una viejísima tradición medieval, una de las más oscuras tradiciones de la humanidad, y que hace quinientos años ya daba lugar a procesos por vampirismo y brujería. Pero Wolseley le había dado una base científica que estaba deseando probar, ya que la ingestión de sangre venía complementada con medicamentos de su invención. Supongo que, en principio, la cosa fue bastante bien. Tanto que, como necesitaba estar constantemente al cuidado de esos cuatro desdichados, llegó a instalarlos secretamente en esa casa.

Ella se estremeció, aun cuando todo lo que acababa de oír coincidía con sus pensamientos.

—¿Ni la propia Ingrid lo sabía? —musitó.

—No. Tengo motivos para creer que Ingrid lo ignoraba completamente. Y de hecho todo fue bien hasta que…, bueno, hasta que un día faltó la sangre o se retrasó la entrega.

El hombrecillo se estremeció.

—Es horrible, ¿verdad? —preguntó quedamente.

—Yo ya no me atrevo a decir lo que es horrible y lo que no lo es —suspiró ella—. Lo único que le ruego es que siga.

—De acuerdo, seguiré. El resultado fue que los cuatro monstruos asesinaron al único hombre que se preocupaba por ellos. Fueron como serpientes que muerden a las que les ha dado calor. El pobre Wolseley quedó sin una gota de sangre en su cuerpo.

Ella se estremeció.

Captaba aquel silencio tenebroso, cargado de presagios.

Fox continuó tras una breve vacilación:

—Después de eso permanecieron secretamente en la casa. Podían robar alimentos del edificio principal cuando les convenía, y

al mismo tiempo empezaron a cometer misteriosos crímenes en las calles de San Francisco. Es curioso, pero he estado hojeando en las últimas horas la colección de periódicos de los dos últimos años y he comprobado que al menos diez muertes en que las víctimas aparecieron desangradas no se aclararon jamás. Yo lo atribuyo a esos cuatro monstruos que seguían ocultos a pocas yardas de donde nosotros nos encontramos ahora.

Miró recelosamente hacia la casa, que seguía oscura y en silencio. La muchacha susurró:

—¿Pero Ingrid Wolseley no sospechaba nada?

—No, porque suponía que esa casa secundaria estaba completamente cerrada. Y los robos de alimentos tampoco debió notarlos en demasía, porque entre ella y las chicas consumían bastante, y supongo que además se llevaba una pésima administración.

—¿Por qué no la atacaron a ella o a las chicas? Eran las víctimas que tenían más cerca…

—Muy sencillo —dijo el notario—. Supongo que les convenía que aquí no pasara nada para tener segura una fuente de alimentos y una protección. Si la policía metía las narices en *Snob Hill*, se les iba todo al diablo. Eso es lo que me hace* estar absolutamente convencido de que Ingrid murió al ver a Lucy, no al ver a alguno de ellos, porque a ellos no les convenía hacerse notar ni atacarla.

Ahora la que se mordió los labios nerviosamente fue la muchacha.

Susurró:

—Comprendo.

—Claro que las cosas cambiaron —continuó el notario— cuando las muchachas quedaron encerradas ahí dentro por un descuido. Debieron intentar salir por aquella ventana y los monstruos las vieron. Entonces, en sus mentes ya completamente enloquecidas, nació la idea de que tenían una salvaje oportunidad. Llevaban años sin acercarse a una mujer, Y aquellas jovencitas representaban también sangre fresca e indefensa que no estaban dispuestos a despreciar. Fueron ellos los que entraron por la ventana y las encerraron. Luego…

Se interrumpió. Sus pensamientos eran demasiado horribles para seguir con ellos. Dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo con un

gesto de impotencia.

Luego continuó:

—Supongo que Ingrid Wolseley, al darse cuenta de lo que había ocurrido, situó el armario delante de aquella puerta para que no entrasen. Y yo imagino que ellos no entraron…, de momento. No les convenía. Cuando pasaron por debajo del armario, Ingrid Wolseley ya estaba muerta y enterrada. Había visto a Lucy. Estoy seguro de que era a Lucy a la que había visto. Como también cabe la posibilidad de que fuese la que dejara sin sangre al pobre doctor Wolseley, y no esos monstruos. Ese es un punto que creo que no aclararé jamás, pero el resultado es el mismo.

Se interrumpió y miró de nuevo hacia la pequeña casa situada más allá de los árboles.

—Ahora ya sabe lo que ha ocurrido —musitó—. Lo que le digo está basado en datos muy concretos y por lo tanto creo que es absolutamente cierto. Y sabe también que,… que ahí tienen que quedar otros dos monstruos.

Ella no se inmutó.

Parecía como si no le hubiera oído.

—¿Tanto valor tiene? —musitó Fox—. ¿Es posible que una muchacha haya llegado a dominar el miedo de ese modo?

Ella tampoco contestó.

—He venido aquí para avisarle —dijo el hombrecillo—. No quería que corriese más peligros inútilmente. Ahí dentro hay dos vampiros más sedientos de sangre. Pueden atacar de un momento a otro. Pueden atacar… ¡Pueden atacar…!

Su voz se había crispado. Había llegado a ser un grito que quebraba la calma de la noche.

Los ojos de Fox estaban firmemente clavados en los de la muchacha. No veía nada más.

Y por eso no vio aquella silueta negra que flotaba entre los aires.

—Además Lucy también tiene que estar cerca —balbució—. También tiene que estar cerca…

No vio que la silueta volaba hacia él.

No vio la siniestra capa negra.

No escuchó aquel gruñido de muerte.

Sólo notó que unos dientes afilados se clavaban en su piel. Sólo captó en el último segundo aquella presencia que parecía llegar del

Más Allá. Sólo entonces notó que una nube escarlata, una nube de sangre, se formaba ante sus ojos.

CAPITULO XIX

No iba a ser mejor la suerte de la muchacha. Obsesionada por lo que le estaba ocurriendo a Fox, no se dio cuenta de que otra sombra similar se deslizaba por su espalda. No llegó a saber que los dos monstruos que aún estaban vivos habían salido de la casa, advirtiendo su presencia. No se enteró hasta la última fracción de segundo… ¡de que atacaban! ¡De que aquélla era una lucha a muerte!

La capa negra cayó sobre ella.

Pero, así como en el otro caso las manos habían sujetado el cuello de Fox para mejor poder hincarle los dientes, el vampiro que atacaba a la hembra hizo una cosa muy distinta. No buscaba su sangre, sino su cuerpo. No buscaba su muerte, sino de momento sólo el calor enervante de su vida.*

La derribó por el suelo.

Lanzó un gruñido salvaje.

La hierba estaba húmeda, limpia, fresca.

La muchacha lanzó un gemido.

Vio aquellos ojos diabólicos.

Aquella boca…

¡Aquella boca monstruosa que iba a posarse en la suya!

No estaba sólo ante un vampiro, sino también ante un sádico. Las manos abyectas encerraban su cuerpo. Las prendas de su ropa iban siendo desgarradas unas tras otras.

Comprendió que no podría luchar.

Se dio cuenta de que iba a perder el sentido.

A sus oídos llegó un alarido de muerte.

Para Fox aquello era el fin.

Mientras tanto aquella boca ansiosa ya se había posado sobre la

de la muchacha.

Se hizo otra vez el silencio.

Un silencio cargado de presagios, de tinieblas y de oscuros anuncios de muerte.

Fred estaba conduciendo a una velocidad suicida por las calles de San Francisco, saltándose los semáforos en rojo, no respetando prioridades y haciendo todo lo que hace falta hacer para que a uno le retiren el permiso de conducir o al menos le claven una multa que le deje majareta. Pero tenía sus motivos, la verdad. Unos motivos tan graves como no los había tenido nunca en su vida.

Acababa de llegar al Sheraton.

Y acababa de comprobar que Katty Wolseley no estaba en su habitación.

Pues, entonces, ¿dónde…?

Un sombrío presentimiento azotaba su pecho.

Porque además había llamado también al despacho del notario Fox. Y… ¡qué diablos! El notario Fox tampoco estaba allí. Los dos, la muchacha y él, habían desaparecido.

Para Fred no había más que una explicación: La siniestra mansión de los Wolseley. Y hacia allí había ido a toda velocidad, exponiéndose a pegarse el trompazo del siglo y a no llegar nunca.

Enfiló al fin las curvas de *Snob Hill*.

Ya estaba.

Sus dientes rechinaron de impaciencia.

Pegó un brusco frenazo, saltó del vehículo y entró en la casa. Pero allí no había nadie. Recorrió las habitaciones febrilmente mientras llamaba a la muchacha.

—¡Katty! ¡Katty…!

Su voz se iba haciendo más y más ronca.

Ahora se daba cuenta de algo que había querido mantener en secreto hasta entonces incluso para sí mismo. Ahora se daba cuenta de lo mucho que amaba a Katty Wolseley.

Si a ella le había ocurrido algo no podría soportarlo. ¡Si ella estaba como las otras se volvería loca…!

Penetró en las habitaciones donde encontraron los cadáveres femeninos la mañana anterior. Todo desprendía aún aquel olor

fétido, aunque no tan intensamente como la víspera. Pero tampoco vio nada. Su cuerpo casi chocó entonces con la ventana entreabierta.

Desde allí miró hacia abajo.

Y estuvo a punto de lanzar un grito de horror.

Pero ni para eso tuvo fuerzas.

Lo único que pudo balbucir fue:

—Katty…

CAPITULO XX

Lo mismo la muchacha que el notario yacían en la hierba. Pero la situación en que se encontraba la muchacha indicaba bien a las claras lo que había ocurrido.

Desde aquella altura, Fred no se fijó en nada más. Para él sólo existió el cuerpo de la muchacha tendido en la hierba.

No llevaba apenas ropa.

Se la habían destrozado toda.

Y la posición de su cuerpo indicaba que…, que…

Fred estuvo a punto de lanzar un grito de horror.

Todo su cuerpo sufrió un espasmo.

Comprendió que Katty había sido… ultrajada por uno de aquellos monstruos.

Aquella sorpresa angustiosa le dejó el cerebro paralizado por unos minutos, sin que fuera capaz de un solo pensamiento. Como si su propio dolor le hubiera transformado en una estatua.

Pero sus sorpresas no habían terminado, sino que empezaban ahora. Cuando su cerebro volvió a funcionar y sus ojos miraron con más atención a todas partes, se dio cuenta de que eran cuatro las figuras que yacían allí. No sólo el notario Fox, quien por el espantoso color blanco de su piel tenía que estar muerto. También estaban… ¡los dos últimos asesinos de aquella legión macabra!

Fred no tuvo fuerzas para bajar normalmente por la escalera y salir al exterior. Una impaciencia febril le dominaba. Se deslizó por la cornisa de piedra hasta llegar al suelo.

Corrió hacia Katty.

Cuando estaba a poca distancia se dio cuenta de que el notario tenía las marcas de los dientes en el cuello, sin que en su cuerpo quedara probablemente una gota de sangre. Igual ocurría con los

dos monstruos. Estaban espantosamente blancos. ¡Y también tenían en el cuello las marcas de unos finos dientes!

¡Estaban muertos los dos…!

Los ojos extraviados de Fred fueron entonces hacia la muchacha. Y se dio cuenta de que ella aún respiraba. No había marcas en su cuello. Su piel tenía un tono sonrosado, aunque estaba muy castigada por el frío de la noche. De aquel trágico cuarteto era la única que estaba viva.

Lo primero que hizo fue cubrirla con su americana. Luego la tomó en sus brazos. Pesadamente la llevó de nuevo hasta la casa.

Ella empezó a respirar agitadamente.

Parecía sumida en un profundo coma.

Pero Fred era médico y notaba que su pulso era regular y firme. Lo que le estaba ocurriendo era un fenómeno psicológico más que psíquico. La muchacha había sufrido un insoportable *shock*. Un fenómeno de esos, que aun sin que le toquen a uno, hacen en la mente el mismo efecto que una serie de golpes de los que dejan a uno al borde de la tumba.

La introdujo en la casa.

Miraba su pobre cuerpo torturado.

Las señales de las uñas en su piel.

Se daba cuenta del suplicio por el que tenía que haber pasado.

Un brillo que hubiera podido ser de lágrimas nació en el fondo de los ojos de Fred. Como no llevaba su maletín, no podía administrar a la muchacha ninguna inyección tonificante. Pero le preparó un trago de *whisky* y se lo dio a beber a pequeños sorbos mientras le acariciaba los cabellos con infinita ternura.

Poco a poco, ella se fue recuperando.

Sus ojos se entreabrieron un poco.

Lanzó un gemido.

Lo primero que hizo fue mirarse a sí misma y entonces el gemido se repitió. Hubiera hecho falta ser muy miope para no darse cuenta de que estaba prácticamente desnuda.

Pero ¿y aquella americana que al menos tapaba la parte más comprometida de su desnudez?

Eso la hizo reaccionar. Volvió la cabeza y se encontró con los ojos de Fred.

Él trataba de alentarla.

Le estaba sonriendo.

—Bebe un poco más —rogó—. Bebe y no tengas miedo. Ahora ya no va a pasarte nada…

Como ella no reaccionaba, le puso de nuevo el borde del vaso en los labios. La muchacha se puso a toser espasmódicamente.

Pero eso fue bueno porque acabó de devolverle el sentido de la realidad. Al fin su mirada se fue concentrando sobre las facciones del hombre.

—Ha…, ha sido espantoso… —balbucid.

—No me lo cuentes. Olvídalo si es posible.

—Pero…

—Ellos ya están muertos y no pueden hacerte ningún daño. También, por desgracia, ha muerto el notario Fox. La escena de ahí fuera era como para helarle la sangre a un rinoceronte, pero por fortuna tú estás a salvo y eso es lo que importa.

Se mordió los labios al hablar así. En el fondo estaba avergonzado de no sentir ningún dolor al darse cuenta de que la muchacha conservaba la vida.

Pero el amor es egoísta.

El amor sólo ve la persona amada y lo que la persona amada significa para nosotros. Nada más. El amor no piensa en la muerte de los demás mientras él pueda seguir palpitando.

Ella se tapó un poco mejor. Logró sentarse en el diván en que estaba tumbada y dirigió una mirada cargada de tristeza a sus medias completamente rotas.

—No hace falta que me expliques nada —insistió él.

—Fred, sé que yo… Tú… Tú te avergüenzas de mí.

—No me avergüenzo de nada. Ya te dije la primera vez que yo estaba contigo, y además sé que no has podido evitarlo.

—Pero es que…

Hundió la cabeza en las manos. Parecía a punto de perder el sentido otra vez. Su cuerpo se estremecía de tal modo que Fred hubo de sujetarla.

—Katty… ¡Calma! ¡Ya no puede ocurrirte nada malo! ¿Qué tienes?

Ella musitó entonces con un hilo de voz:

—Lucy…

En el fondo del cerebro de Fred estaba ese nombre, pero no le gustó que se pronunciara. En realidad el nombre de Lucy era una de las pocas cosas que aún le producían inquietud y miedo. Sin embargo, se dio cuenta de que ya no podía evitar que la muchacha siguiera hablando; al contrario, sólo cuando consiguiese sacar fuera aquel peso horrible de sus recuerdos se sentiría mejor.

Ella murmuró, estremeciéndose:

—Esta vez… la he visto.

—¿Has visto a Lucy?

—Sí…

Sus palabras eran débiles, sin fuerza. Parecía como si estuviera confesando un secreto.

—Katty… ¿Cómo es Lucy? ¿Cómo es?

—Muy hermosa…

—¿Viste normalmente? ¿Hubiera podido ser confundida con cualquier otra muchacha?

—En cierto modo sí.

—¿Por qué sólo «en cierto modo»?

—Hay algo que la distingue.

—¿Qué?

—Sus uñas… Sus uñas espantosas. Es imposible que pueda estar en alguna parte sin que la gente lo note.

Fred cerró un momento los ojos. Aquellas palabras le devolvían a la memoria una escena que acababa de presenciar. La escena estaba compuesta sencillamente por los cuerpos de los dos monstruos. Ambos —ahora lo recordaba bien— tenían las caras destrozadas por unas uñas que parecían las de un tigre.

Ella musitó:

—Pero Lucy… es un auténtica fiera. Hay que verla actuar… No es un ser humano. Cuando se acerca parece una chica como las otras, e incluso mucho más bonita que la mayoría. Pero cuando ataca… Es…, es algo espantoso. Ninguno de aquellos monstruos pudo resistirlo. No he visto jamás desencadenada una violencia semejante.

Él hundió la cabeza.

Se hacía cargo de lo que tenía que haber sido. Los dos vampiros eran fuertes, eran jóvenes. Pero una muchacha que se crió entre vampiros mucho peores, entre los vampiros del Amazonas, les había

dado muerte a los dos. Y al parecer sin ninguna dificultad.

—¿Cómo ha podido hacerlo? —susurró, incrédulo todavía.

—Tiene… la agilidad de la selva. Al tiempo que se la ve, ya ha dejado de verse. Esos dos asesinos ni se dieron cuenta de lo que sucedía. De pronto…

Le era difícil seguir. Crispó la boca como si fuera a emitir un sollozo.

Fred rogó:

—Por favor, no sigas.

—Es que sé que no podré olvidarlo jamás… ¡Es que sé que es terrible!

—Entonces dime: ¿cómo te respetó Lucy a ti? ¿Por qué?

—Debe de ser por la misma razón que otras veces: Ella ataca primero a sus enemigos más peligrosos, a los que pueden significar un riesgo para ella. Resulta lógico, puesto que a mí podía dejarme al margen tranquilamente. Pero la consecuencia fue que se sació de sangre y por lo tanto ya no sintió ninguna necesidad de atar carme. Yo…, yo estaba aterrorizada, Mis músculos no me obedecían. ¡No podía moverme! Aquella escena no la…, ¡no la olvidaré jamás!

Había roto a llorar. Se notaba que estaba a punto de sufrir otro *shock* nervioso. Fred le apretó la cabeza con ambas manos para que se sintiera protegida.

Sólo cuando ella se hubo calmado un poco preguntó:

—¿Por dónde ha huido Lucy?

—No lo sé.

—¿Has perdido el conocimiento?

—Sí. Al ver que se lanzaba sobre…, sobre el segundo monstruo.

—Lo comprendo muy bien, Katty.

—Si no llegas a venir tú no sé si me hubiera recuperado jamás. Estaba destrozada… Pero al fin estoy contigo. Al fin me doy cuenta de que…, de que la vida puede volver a empezar.

—Sí, Katty, naturalmente que sí. Contigo también a mí me parece distinta la vida.

—¿Qué vamos a hacer ahora, Fred?

—La situación tiene una única ventaja: Ya no corremos peligro. Los monstruos están muertos.

—Sí, pero Lucy…

—Lucy no te atacará si nos alejamos de aquí. Se irá a cualquier

otro punto de los Estados Unidos y nunca más volveremos a saber de ella. Ya nada tiene que hacer en esta casa.

—Yo quisiera salvarla, Fred…

—Por Dios, no sueñes en eso. Quizá también trató de ayudarla tu tía Ingrid y… y ya ves.

—Quizá tengas razón, Fred. Comprendo que es una fiera sanguinaria, pero…

—Olvídala, te lo ruego. Ahora estamos juntos los dos. Hemos salido de una pesadilla atroz que no se volverá a repetir. Métete este pensamiento en la cabeza, Katty: La pesadilla ha terminado. Olvídalo y piensa sólo en nosotros dos.

«Piensa sólo en nosotros dos…».

Con aquella frase se resumía todo.

La muchacha vio muy cerca los labios cálidos del hombre.

¡Qué distintos eran de aquellos labios viscosos que se posaron en ella durante la noche! ¡Qué distintos eran éstos! ¡Qué sensación de belleza y de seguridad que daban!

Pero no los besó.

Una inquietud flotaba en ella.

—¿Cómo justificaremos la ausencia del notario…? —murmuró de repente—. A esos dos monstruos nadie los va a echar en falta, porque su pista se perdió hace años, pero a tu tío Fox…

—¿Y qué explicación puedo dar, Katty? —preguntó él con un gesto de terrible impotencia.

—No lo sé… ¿Cómo quieres que pueda aconsejarte en una cosa así? No lo sé…

—Él era soltero. Y a nadie habrá dicho que venía a esta casa, Katty, sobre todo a la hora en que vino.

—¿Tratas de insinuar que…?

—No veo otro remedio, Katty. Es un triste final, pero ya no le devolveré la vida por el hecho de empezar a gritar en una comisaría de policía. Y quizá entonces se descubrirá lo demás… No, Katty. Creo que debemos ocultarlo también. Por muy terrible que resulte para mí, abriré otra fosa mayor que las otras. Al menos me cabrá el consuelo de saber que es la última. Luego todo se irá olvidando y la hierba cubrirá la tierra removida. El pasado quedará muerto…, muerto… Sólo nosotros dos tendremos abierto un camino para la esperanza.

Ella asintió con un parpadeo.

—Sí, así tiene que ser —dijo débilmente, mientras acercaba más su boca—. Un camino abierto para la esperanza.

Y se besaron entonces.

Unieron sus bocas y sus voluntades. Sus deseos. Su pasado, perdido para siempre en el vacío.

—Quiero que nos casemos el próximo mes, Katty —suspiró él al cabo de unos instantes—. Me he dado cuenta de que no puedo vivir sin ti. Una vez terminada esta pesadilla, ¿me aceptas como el hombre de tu vida…?

Ella asintió con los ojos de nuevo.

No habló.

¿Para qué…?

¿Es que sólo con palabras pueden hablar las bocas?

CAPITULO XXI

Al otro lado del país, junto al golfo de México, dos hombres estaban absortos en la contemplación de unas huellas dactilares reproducidas en la pantalla a gran tamaño. Eran dos expertos de la Brigada de Homicidios de Nueva Orleáns, los cuales llevaban ya más de media hora concentrados en un trabajo que no hubiera debido ocuparles más de diez minutos. Pero lo borrosas que estaban algunas de las huellas que examinaban, convertía su tarea en un juego de adivinos.

Uno de ellos masculló:

—No sé por qué nos ha caído esto a nosotros. No se trata de un homicidio, sino de un accidente. La muchacha se ahogó en el lago cuando nadaba. Hemos comprobado que le gustaba nadar al amanecer.

—No te quejes, Pat —le aconsejó el otro—. ¿De qué te va a servir? Ten paciencia.

—Pero es que en realidad fue un accidente… ¡Maldita sea! ¿Es que no tenemos bastante trabajo para que encima nos echen el que no nos corresponde?

Encendió un cigarrillo y siguió con la vista fija en la pantalla. En ésta se reproducían, a la izquierda, unas huellas claras y perfectas; a la derecha unas huellas que apenas era posible ver como una mancha.

—¡Y qué trabajito! —volvió a rezongar Pat—. ¡Y qué trabajito…!

—Sí… Reconozco que los peces se han comportado como una manada de tigres. Apenas le dejaron piel a aquella pobre chica. Las huellas que hemos sacado de los archivos donde se le extendió el documento de identidad son perfectas. Pero esas otras… En fin, de todos modos yo creo que todo coincide. ¿A ti no te parece?

—Yo diría que sí.

—Fíjate en este punto.

—Lo estaba mirando hace rato. Yo creo que no falla. Tienen que ser las mismas huellas.

—¿Y este otro?

—También es idéntico.

—Por último, mira aquí. Es casi el único sector en el que las huellas están perfectas.

—Justo… También coinciden. Lo malo es que hemos tenido que mirar diez veces para estar seguros. En fin… Asunto concluido, muchacho. Podemos firmar el acta.

Los dos policías encendieron las luces de la sala. La máquina de proyectar, en cambio, se apagó. Los dos tomaron en sus manos las tazas de café que aún humeaban sobre las mesas.

En ésta había también unas bolsas de papel con unos cuantos objetos pertenecientes a la muerta, la muchacha que había aparecido poco antes con los pies apresados en el fango que llenaba el fondo del lago. Había algunas prendas de ropa, algunas monedas, una libreta con direcciones y nombres…

—De todos modos algo no concuerda —dijo Pat—. Le he estado dando vueltas a eso y no lo entiendo. Si la chica iba vestida, ¿cómo puede concebirse que se estuviera bañando por su propia voluntad? ¿Es que se bañaba con ropa?

—Oh, no… Se bañaba desnuda en la soledad del lago. Hacía como las mujeres nórdicas. Te diré que por suerte está a punto de firmar su declaración un testigo presencial que la espiaba con sus prismáticos todas las mañanas. Parece que la chica se cayó de la barca antes de quitarse la ropa. Debió sufrir un vértigo.

—¿Y la barca? ¿Dónde fue entonces a parar la barca?

—El viento produjo una leve corriente que la arrastró hasta unos cañaverales, doscientas yardas más allá. En efecto, la barca apareció más tarde. Hemos hecho la prueba dos veces y no hay duda: En ambos casos las embarcaciones han sido arrastradas hacia el mismo sitio.

Pat hizo un gesto afirmativo.

—Bueno —dijo—, entonces la cosa está más clara que nunca: accidente. Procura que no nos fastidien más.

Y se puso a redactar el informe.

Su compañero examinaba con lupa las anotaciones del carnet de notas. Algunas estaban ilegibles, pero otras aún podían entenderse. Mientras tomaba un sorbo de café susurró:

—Parece que esa muchacha tenía una sola amiga. Su nombre aparece con frecuencia en la agenda. Y hay una anotación diciendo que pronto vendría a Nueva Orleáns a visitarla.

Dejó la libreta y añadió:

—Es posible que esa amiga llegara al apartamento de la víctima cuando aún no habíamos descubierto el cadáver y por lo tanto el apartamento estaba vacío. Debió poder revolver allí todo lo que quiso, e incluso apoderarse de algunas cartas. Al menos ésa es una suposición, porque la mujer que hacía la limpieza nos ha informado de que falta una carta llegada por aquellas fechas. Una carta enviada por un notario de San Francisco llamado Nataniel Fox.

Pat preguntó sin interés:

—¿Sí? ¿Y cómo se llamaba esa amiga, aunque no nos afecte ya a nosotros para nada?

—Se llamaba Lucy.

—Ah… Bonito nombre.

Y Pat siguió escribiendo su dictamen técnico.

«El nombre de la víctima —señaló con mayúsculas— es el siguiente: Katty Wolseley. Uno setenta y cinco de estatura. Dieciocho años de edad. Nacida en Nueva Orleáns el…».

Y el policía siguió escribiendo.

CAPITULO XXII

Se habían unido sus labios.

Sus cuerpos estaban unidos también en la penumbra de la habitación. Sus alientos eran uno solo. Sólo sus pensamientos estaban separados, porque ambos pensaban cosas muy distintas, pero eso el hombre no lo imaginaba.

Fred la miró al fondo de los ojos.

—Todas las huellas han desaparecido, Katty —dijo—. Nadie nos molestará por los crímenes que cometieron esos vampiros y por los que ha cometido Lucy. Creo que deberíamos olvidarla. Creo que deberíamos pensar solamente que una nueva vida empieza para los dos.

Ella asintió con un leve gesto de cabeza.

Sus ojos seguían siendo profundos.

Enigmáticos.

—Eso es pensar bien —dijo sencillamente.

Volvieron a besarse. Otra vez la penumbra se llenó con el susurro de sus caricias.

—Voy a sacar en seguida dos licencias de matrimonio —dijo Fred—. Iremos mañana mismo a gestionarlas, a menos que tú tengas inconveniente, Katty. Quizá sea ésta una manera demasiado brusca de pedírtelo, pero ¿quieres casarte conmigo?

Ella también asintió.

Sus ojos seguían brillando quietamente en la penumbra.

—Claro que sí, Fred. ¿Cómo has podido dudarlo? Pero yo quiero decirte incluso algo más. Te necesito tanto que no estoy dispuesta a esperar a que esas licencias estén en nuestras manos y a que hayamos comparecido ante el juez. Creo que después de los horrores que hemos» vivido necesitamos cada uno el cariño y la

compensación del otro. Vámonos de aquí… Vivamos nuestra pequeña luna de miel antes de que sea demasiado tarde.

En sus palabras había una sensualidad quieta y tensa. En sus ojos brillaba un deseo secreto, un deseo que Fred creyó interpretar.

—No me atrevía a pedírtelo, Katty —musitó—, pero lo cierto es que yo pensaba lo mismo.

Volvieron a besarse. Y salieron los dos para dirigirse, en el coche del hombre, lejos de *Snob Hill*.

Rodaron hacia las afueras de San Francisco.

Dejaron atrás el distrito de Sausalito.

Marginaron el bosque de los sequoias milenarios.

Fred tenía al fin la sensación de caminar hacia la dicha, después de tantos avatares y tantas sorpresas negras.

Ella tenía la mirada perdida.

Seguía flotando aquella expresión en sus ojos.

Musitó:

—Conozco un sitio donde podríamos pasar esta noche, Fred. Es una casa tranquila y aislada de la cual tengo la llave; la alquilé hace un tiempo para poder estudiar allí. El paisaje me gustaba.

—¿Pero tú no vivías siempre en Nueva Orleáns?

—Claro que sí. Pero eso no impedía que viajara mucho y fuese una muchacha independiente.

—Lo comprendo. Perdona, pero a partir de este momento puede que me vuelva un hombre celoso y te haga muchas preguntas…

Ella rió. Tenía una risa pastosa y densa.

—Precisamente estamos tan cerca que no hay más que doblar a la derecha —dijo—. Mira… Al fondo de aquel pequeño valle.

Él dobló hacia la derecha. Rodaron un par de millas hasta que vio bien el fondo del valle. La casa le pareció tranquila y hasta hermosa, pero tenía un no sé qué de abandono y siniestro, Desde sus ventanas parecía acechar algo que no se podía definir, algo que quizá no tenía ni nombre…

Había hojarasca en el suelo, una hojarasca que se concentraba en algunos puntos más que en otros.

Fred pensó de un modo maquinal: «¡Vaya…! Cualquiera diría que es igual que en la casa de los Wolseley, en los sitios donde están disimuladas las tumbas».

Pero en seguida se arrepintió.

«¡Qué pensamiento más estúpido!», se dijo.

Frenó ante la puerta.

Ella descendió la primera mostrando sus piernas magníficas, balanceando sus caderas obsesionantes.

Abrió la puerta con un llavín. Dentro acechaban las tinieblas, el silencio, una extraña sensación de olvido.

—Puedes dejar el coche en aquel cobertizo —dijo suavemente desde la oscuridad—. Luego entra.

Mientras él se dirigía hacia el cobertizo indicado, la preciosa y enigmática hembra se puso en las uñas poco a poco las puntas de metal que convertían sus diez dedos en diez zarpas.

Separó los labios. Sus dientes produjeron un chasquido.

Ya oía las pisadas del hombre que iba a penetrar en la oscuridad de la casa.

Fred quedó un momento desconcertado. Preguntó:

—Katty… ¿Dónde estás, Katty?

Ella avanzó poco a poco, disponiéndose a buscar su cuello con las puntas de acero, mientras decía suave y felinamente:

—Me llamo Lucy…

FIN